

**DAVID MORALES BELLO**

***MARGINALIDAD***

***HAMBRE***

***Y***

***SALUD PÚBLICA***

— o —

Ediciones

ACULPUEBLO

*Con su bien cimentada unidad de pensamiento, David Morales Bello nos presenta en el contexto de los dos trabajos suyos que aquí se reúnen, el denominador común de su sobresaliente preocupación por las anomalías sociales traducidas en carencias lesivas a los segregados de la riqueza nacional.*

*En la primera parte, el testimonio se adentra en los ámbitos de la marginalidad y se eslabona con los problemas generados por el hambre como mal social acrecentado en la actualidad mundial.*

*Las palabras, los conceptos, las ideas, los pensamientos y los criterios estructuralmente armados por el expositor tomaron forma de discurso ante el público que llenó el salón de reuniones de la Asamblea Legislativa del Estado Bolívar, al celebrarse la sesión solemne correspondiente al 12 de octubre de 1985.*

*La segunda parte del presente volumen está integrada por la exposición que hizo el doctor David Morales Bello en el acto solemne celebrado por el Concejo Municipal del Distrito Guaicaipuro del Estado Miranda el 21 de octubre de 1985, actuando como orador de orden.*

**CON ESPECIAL DEDICACION A LOS  
TRABAJADORES VENEZOLANOS**

**“DOS MILLONES DE MARGINADOS  
CONFORMAN CINTURON DE MISERIA  
DE CARACAS”**

**(Diario “El Nacional”)**

**Edición del 10 de octubre de 1985)**

**LA INTELIGENCIA EN NIÑOS POBRES PUEDE  
SER UN HANDICAP QUE SE VUELVE  
CONTRA ELLOS**

La pobreza causa también un impacto emocional que es percibido por los niños con mayor fuerza en la medida en que son altos los niveles de su inteligencia, la cual, por lo tanto, no tiene para ellos la ventaja que es en los escolares de familias armonizadas y abastecidas.

Así lo insinuó la profesora María Cristina de Méndez, adjunta a la División de Investigaciones sobre la Familia de Fundacredesa. Ella expresó que los maestros deben tomar conciencia de los estratos de donde proceden sus educandos, porque de lo contrario descuidarán la distinción que deben hacer entre los que vienen de hogares abastecidos y los que viven en condiciones de hacinamiento y subalimentación crónica, en hogares donde no se lee nada, ni siquiera el periódico, con padres frecuentemente ausentes o que no cumplen a cabalidad con el papel que les corresponde. Todas estas carencias contribuyen a la formación de niños inseguros. Es obvio, subrayó, que la escuela debe tomar en cuenta estas diferencias y buscar soluciones compensatorias para estos niños, que podemos decir que llegan al medio escolar Con un serio handicap...

Indicó que mientras más inteligente es un niño, más pronto se da cuenta de las desventajas que padece, más se siente afectado por esa causa y mayor es la alteración que sufre su personalidad, porque a nadie le gusta andar a la zaga de los demás y mucho menos si se da cuenta de que está dotado de facultades para salir adelante...

**(Crónica periodística de Arístides Bastidas, publicada en el diario “El Nacional”, el domingo 13 de octubre de 1985).**

## **PADECEN DE DESNUTRICION 33 MILLONES DE MEXICANOS**

La Comisión Nacional de Alimentación de México (CNA), afirma que las personas afectadas son en su mayoría niños, ancianos e indígenas, que “demandan una atención preferente en los programas alimentarios del Gobierno”. El problema no es de producción de alimentos, sino de su distribución.

México: Un total de 33 millones de mexicanos —más del 40 por ciento de la población— presenta síntomas de desnutrición, y de ellos, 7 millones están en situación grave por carencias alimenticias, según un estudio de la Comisión Nacional de Alimentación (CNA) difundido aquí.

En el estudio se indica que esos siete (7) millones de personas son sobre todo niños, ancianos e indígenas que “demandan una atención preferente en los programas alimentarios del Gobierno”.

Según la CNA, el problema alimenticio en México, “no se debe a que haya insuficiencia en la producción de básicos, sino a la distribución y por la incapacidad de los sectores marginados para tener acceso a la dieta indispensable, por sus reducidos ingresos”.

Por ello, agregó la CNA, para mejorar la situación no bastan los programas de promoción de consumo de nutrientes desarrollados por el Gobierno. Se requiere, además, promover programas productivos de empleos y de desarrollo socioeconómicos entre la población marginada”.

**(De “EI Diario de Caracas”,  
Edición del 14-10-85).**

## PRESENTACIÓN

Dentro de las gravísimas consecuencias económico-sociales que el subdesarrollo causa a los países que lo padecen, la marginalidad y el hambre destacan como fuentes dañinas a la preservación del ser humano. La marginalidad es resultado de un fenómeno de crecimiento de las comunidades hinchadas por las migraciones incontroladas desde el campo hacia la ciudad, y el hambre, aunque de viejísimo origen como derivación de acontecimientos inesperados, de guerras o siniestros, de cataclismos que sumieron a pueblos enteros en la mayor indigencia, institucionalizada como mal social de la época contemporánea a consecuencia de múltiples factores confluyentes en la depredación del modo de vivir de quienes, carentes de recursos, constituyen las inmensas capas de depauperados.

Frente a la marginalidad, los planes mejoradores pueden hacer de fuente de alivio, facilitando la extensión de los servicios públicos esenciales, pero el hambre, como fenómeno social, corrosivo del recurso humano, presente en las más densas capas de población, amenaza con seguir extendiendo sus efectos deletéreos como mal endémico frente al cual los planes de mejoramiento nada han logrado en los últimos tiempos.

Aunque profundamente interrelacionadas ambas anomalías de la vida social, no todas las zonas marginales se encuentran integradas por personas víctimas del hambre; pero, sin duda alguna, las víctimas del hambre permanecen hacinadas en los cinturones de miseria existentes en los alrededores de los principales centros de población. Por tanto, si la marginalidad es caldo de cultivo para injusticias sociales que victiman a quienes la integran en los ámbitos fomentados por el subdesarrollo, el hambre, referida al ser humano en sí, tanto en lo individual como en lo colectivo, degenera y agota la capacidad de subsistencia de ese ser, imposibilitándolo como objeto de acciones recuperadoras a cumplirse en el transcurso del tiempo.

El documento más antiguo que existe sobre el hambre es una piedra. Varios siglos antes de Abraham, un faraón quiso grabar en el granito su grito de desesperación. Descubierta en una tumba cerca de la primera catarata del Nilo, la estela del hambre contiene este desgarrador mensaje: “Desde lo alto de mi trono lloro esta gran desgracia. Por siete años seguidos, mientras yo reinaba sobre el Egipto, el Nilo no ha crecido. El trigo es raro y faltan los víveres. Los hombres, transformados en ladrones, les quitan a los vecinos lo que pueden. Las gentes querían correr y no pueden ni siquiera andar. Los niños lloran de hambre. Los jóvenes se tambalean como viejos. Se les doblan y les arrastran las piernas. Tienen la voluntad rota. El Consejo de los Grandes esta desierto. Los cofres de provisiones están saqueados. Todo ha terminado” .

Entre los años 1918 y 1922, en países de avanzada como Alemania, la hipoalimentación causó estragos notorios entre la población.

En la década de los años 20, en la vastedad territorial de la Rusia post-revolucionaria, se registra también una depresión de la salud como consecuencia de las hambrunas colectivas padecidas por la población. El gobierno no pudo ocultar el flagelo, y Jiménez de Asúa, al ilustrar un trabajo de seminario, nos ofrece al respecto esta cita del poeta ruso Voloskin:

“La situación en Crimea es catastrófica. Las calles de la ciudad recuerdan el hambre y las plagas del siglo XIII. Gentes medio muertas de hambre se arrastran penosamente por las calles. Por todas partes se escuchan los lamentos de los moribundos y se encuentran cadáveres que nadie se ocupa de retirar. En los cementerios ya no hay enterradores”.

La historia registra muchos más episodios del mismo corte. A Francia corresponde uno de ellos, cuando, entre los años 41 al 44, bajo el peso de la bota nazi, se registraron cifras alarmantes de desnutrición y de hipoalimentación de niños y adultos, hasta el punto de disminuir el peso medio de la población de 10 a 30 kilos por individuo adulto, en la ciudad de París, y aumentar las incidencias de anemia, tuberculosis e infecciones de diversa índole, destacándose la singular epidemia de hernias que afectó la salud de la población como consecuencia del debilitamiento de tejidos musculares en el gastro, de difícil terapia.

También, y a consecuencia de la ocupación, en Grecia y Polonia cundió el hambre, y en los campos de concentración fue utilizada como método para exterminar deshumanizadamente a las denominadas “razas contaminadas e impuras”.

Aunque atenta a otras causas sumadas a lo largo del tiempo, el hambre continúa flagelando a la humanidad, en cuyo seno y por la vía del contraste, también ocurre que, anualmente se desperdician varios millones de toneladas de pescado destinadas al consumo humano, a causa de ineficiencia en los servicios de distribución.

Por sus índices actuales, el hambre ha podido más que la capacidad previsiva del hombre, apareciendo como frases vacías recomendaciones como la de la Conferencia Mundial de Roma sobre Alimentación, redactada en los términos siguientes:

“Todos los Estados del Mundo deberían destinar, a partir de 1975, una suma igual al diez (10) por ciento de sus presupuestos para defensa en provisiones para financiar la producción de alimentos”, a fin de que “dentro de diez años, ningún niño se acueste hambriento, ninguna familia tenga que temer quedarse sin comer al día siguiente y que el porvenir de ningún ser humano sea obstaculizado por la



desnutrición”. Pues las estimaciones mundiales son sombrías para el año en curso, reconociéndose que se ha acentuado la diferencia entre países ricos y pobres y que hay “todavía 34 países que no pueden comprar lo suficiente para mitigar el hambre de su población”.

Conforme a ciertas tesis etiológicas, se buscó vincular, en relación de causa a efecto, la miseria de grandes masas en los países subdesarrollados con el fenómeno de la superpoblación, que en algunos alcanza cifras impresionantes. Empero, estudios serios, realizados en diversas partes del mundo, han despejado ese factor etiológico, reduciéndolo a un relativo valor circunstancial o periférico; lo que conduce a afirmar, con propiedad, que en el intrincado laberinto de la marginalidad poblacional no es la superpoblación la única culpable del fenómeno migracional ni del hacinamiento cruento en el cinturón miserable de las grandes urbes, sino que, junto con otras causas, genera un contexto de amplio espectro social y económico.

Por lo mismo, hay que profundizar en el diagnóstico y tomar muy en consideración la ociosidad obligada que mantiene fuera de los centros de trabajo a densos sectores de trabajadores que ven menguados sus esfuerzos por conseguir salarios estables y dejar de pertenecer a la llamada “Legión de la reserva industrial”, con todo y la normativa constitucional garantizadora del derecho al trabajo y a la justa y equitativa participación en la distribución del ingreso social (tal el caso de Venezuela).

Posición, por cierto, certeramente sostenida por el dirigente obrero venezolano Antonio Ríos, quien, al discurrir en el seno del Congreso Laboral, recientemente reunido en Caracas, reclamó la “transformación estructural de la sociedad en beneficio de las mayorías populares” y, en dramáticas frases, impregnadas de un profundo sentimiento de clase, a la vez que persuadido de que Venezuela lo es todo y está integrada por diferentes clases sociales en su unidad nacional. Invitó a ir “mucho más lejos de los simples beneficios salariales, empeñándonos en la implantación de una democracia económica y social que comporta y asegure la lenta pero segura superación de las relaciones capitalistas de la producción”; pronunciándose, igualmente, por una acción obrera orientada hacia el aseguramiento de un modelo de desarrollo afincado en la distribución del ingreso y, fundamentalmente, en la “cabal actuación de las mayorías de trabajadores en la diaria gestión económica de la nación en todos sus rangos”.

Esa es, precisamente, la posición que entiende la marginalidad aposentadora del hambre como una imagen de hecho tangible, con raíces culturales e históricas fincadas en el pasado, pero con rasgo predominante en la no participación en el mercado regular de trabajo; es decir, en la no incorporación de la población económicamente activa al proceso de la producción.

Por todo esto, el sentido teleológico de la formulación social tiene que enmarcarse, con absoluta claridad, en la promoción del hombre y en el desarrollo de la persona humana, pues en ella radica la base de su propia filosofía y la razón de ser de su existencia.

Por todo eso también, y aunque entendiendo al materialismo histórico como fuente fundamental para el estudio y análisis de las sociedades presentes, no comparto la concepción marxista, según la cual el todo puede ser la parte y el hecho social tiene como único fundamento el factor económico, realizándose el hecho histórico gracias al determinismo causal, pues acepto que existe concomitancia de otros factores que conforman la complejidad del fenómeno y determinan su genética etiológica: moral, religión, raza, tipo de sistema económico, tradición, cultura, tipo de sistema político imperante. etc., etc., lo que obliga el examen del problema en su dimensión plural.

Pienso que nuestra actual sociedad, organizada en clases sociales y económicas con marcadas diferencias de poder adquisitivo y de participación en el proceso de producción, integra la totalidad del país en cuyo seno la convivencia orientada a la obtención del desarrollo no puede hacerse depender exclusivamente de la lucha de clases. Por tanto, no adhiero la tesis de Lenin, según quien “para vencer la resistencia de clases sólo hay un medio: encontrar en la misma sociedad que nos rodea, educar y organizar para la lucha a las fuerzas que puedan, y por su situación social, deban formar la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo”. Por el contrario, creo que, la sociedad contemporánea debe utilizar todos los recursos de que dispone para lograr las fases estructurales de su desarrollo y obtener el bienestar colectivo.

Si hemos luchado por establecer, con bases firmes, un sistema político capaz de responder al desiderátum global de erigir al ser humano en polo de atracción de toda la preocupación social, centrandolo en él los deberes del Estado y de la sociedad, debemos ingeniárnosla para derivar de él el establecimiento plural que no le dé cabida a predominio absolutista alguno.

Bajo el sistema de la democracia social y económica, nos hemos propuesto dignificar al hombre, facilitándole una vida mejor, conservando sus tradiciones culturales, su pasado histórico. Allí cabe la exclusión de grupos oligárquicos con emanaciones de poder perjudiciales a las mayorías. Y cabe también la erradicación de concepciones totalitarias sobre los esquemas del desarrollo nacional.

Este modo de pensar explica la orientación que imprimí a la disertación preparada como homenaje a la efemérides del 12 de octubre, cuyo texto aparece a continuación.

Sin intención de agotar un tema tan extenso como el referente a las carencias sociales de marginalidad y hambre, busqué exponer, por la vía de la síntesis, elementos que, a mi modo de ver, podrían contribuir a la formulación de un diseño social ajustado a las disímiles vicisitudes presentes. Todo ello dentro de los contornos de mi ubicación socialdemócrata y bajo los auspicios de la experiencia adquirida en el campo de la lucha social.

Por lo mismo, la he dedicado a la clase trabajadora de Venezuela.

**DAVID MORALES BELLO**

**Caracas, octubre de 1985.**

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO  
POR EL DR. DAVID MORALES BELLO  
ANTE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA  
DEL ESTADO BOLÍVAR Y EL CONCEJO  
MUNICIPAL DEL DISTRITO HERES, EN  
SESION CONJUNTA, CON MOTIVO DE  
LA CELEBRACION DEL 12 DE OCTUBRE,  
EN CIUDAD BOLÍVAR, AÑO 1985.**

## INTRODUCCIÓN

Hace dos años (el 12 de octubre de 1983), con ocasión de discurrir ante la representación popular bolivarenses y en el propósito de eternizar en el sentimiento patrio la evocación de la efemérides de la América hispana, por ser el día del descubrimiento y de la exaltación de la raza, hube de lanzar a los cuatro confines de Venezuela un mensaje de protesta que mi pensamiento sintetizó como la “agonía de una nación, de un pueblo mártir, en la hora secular del dolor africano”, haciéndome eco del sentimiento plasmado por el bardo Sedar Senghor, según quien, allí “no hay fronteras, ni siquiera entre la vida y la muerte”.

A dos años de ese mensaje, en cuyo transcurso la humanidad y la cultura han conmovido sus basamentos existenciales ante la barbarie sistematizada en la ignominia, la segregación y negación de los derechos humanos y la dignidad del hombre, la historia me ha dado la razón, pues los medios de comunicación Social más variados han registrado los acontecimientos del Africa del Sur como expresiones dramáticas de la existencia de esos pueblos y naciones, a los cuales viene tiranizando una minoría entronizada en el poder.

Mi mensaje de entonces cobró realidad, y en la razón histórica de los hechos innegables encuentro la razón dialéctica de mi protesta y de mi angustia.

De nuevo aquí, al amparo del calor de nuestra tierra guayanesa, en el cariño de un pueblo generoso y abierto a las inquietudes no sólo de la comunidad nacional, sino también del orbe, reitero el mensaje de protesta ante un estado de cosas que constituye factor de estancamiento, y que, de conservar las características que presenta, crecerá como amenaza deteriorante de la fe popular en el sistema que pareciera no haber encontrado la vía franca para superarlo: me refiero a la pobreza aferrada a la creciente marginalidad que, como rasgo fisonómico del país en crecimiento amórfico, demanda atención y urgente búsqueda de soluciones...

Revisemos una edificante lección en la encendida y sublime utopía del gran americano Franklin Delano Roosevelt, en la plegaria de verano de 1946, y frente al Foro de las Naciones Unidas, aquel gran hombre se expresó de esta manera:

“Nuestra tierra no es sino una pequeña estrella en el gran universo. Sin embargo, podemos hacer de ella, si así lo deseamos, un planeta libre del azote de la guerra, donde no existan ni el hambre ni el temor, ni absurdas distinciones de raza, color o ideas. Danos el valor y la previsión para empezar hoy esta obra, a fin de que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, puedan sentirse orgullosos de llamarse hombres”.

Sin embargo, utopía al fin, tan hermosas palabras se quedaron allá en lo íntimo del reposo legendario, y es todo lo contrario lo que apreciamos en la faz de la tierra como manifestación de la existencia que viven los pueblos en búsqueda constante de una superación que se distancia con el tiempo. Y aquí, en el país donde vivimos, ya no procede sólo hablar en términos de protesta referida a la Venezuela irredenta que con tanta inteligencia narrara el maestro Gallegos en la metáfora de la Guayana de los aventureros, sino que el grito desgarrado cubre también la Venezuela de la urbe, la misma que se enclava en los aledaños de los cerros de las grandes ciudades o en las abruptas crestas de la inclemente geografía, donde han venido arrinconándose, en la sucesión del tiempo, los males de un apartheid social contrastante. Con las esperanzas de felicidad colectiva.

Venezuela, como parte geográfica de esa inmensa latitud latinoamericana, ha visto aparecer muchas lunas en la línea del firmamento, como también el descenso solar en la muerte natural de su cenit fatal, y en esa dinámica del tiempo, entre generación y generación, hacia la posteridad, ha sabido encender la flama de la esperanza. Ayer presenció la sumisión del negro y del indio, cuando el español, en la vehemencia de su sed de riqueza y de dominación y poderío, levantó amenazante el mandoble orgulloso del oficio de señor que ejerció como encomendero del Rey. Ayer también buscó la sacudida que encontró punto cierto de partida en los sucesos del 19 de abril de 1810, prolongando la jornada dignificante a lo largo de la lucha por la emancipación, por cuya consecuencia la nacionalidad logró, en medio del fragor de la batalla o en el ardor de la contienda cívica, el rango jerárquico más trascendente, como es la trama indestructible de su identidad como pueblo y como nación, en los que, la soberanía, la independencia, la libertad y la dignidad humanas, constituyen el basamento de su unidad existencial. y hoy, en las postrimerías del siglo, levanta la expresión de la dignidad nacional para reclamar de todos nosotros, los de alguna manera comprometidos a no permitir que se nos diluya la solidez con cuyo auxilio debemos saber seguir adelante, la consonancia de una actuación que sustituya temores por confianza y que, al descifrar las incógnitas del porvenir, vaya convirtiendo en realidad vivible las angustias que se desprenden de los lógicos presentimientos con procedencia de la circulante realidad social.

Hay factores que determinan un cuadro etiológico de palpitante actualidad y, al propio tiempo, de angustiante dramatismo: el hambre, la miseria, la promiscuidad social, la pobreza, la marginalidad, la desnutrición, el desempleo, se han hecho seculares en la humanidad, y Venezuela, dentro del concierto del orbe, asiste a este drama y se debate en medio de profunda angustia, tratando de salir del terrible atolladero de su depresión, imponiéndose como deber de subsistencia el alcance de niveles de desenvolvimiento a lograr mediante empeño colectivo que sirva de inequívoca demostración de lo que somos capaces de hacer, realizándonos en función del interés común.

El aumento de la crisis en los rubros sociales trae como consecuencia un aumento inocultable de la profundización de las luchas sociales y hace que alcance contornos trascendentes el marco de contradicciones existentes entre la sociedad menguada y la que aspira moldear los cauces del desarrollo integral bajo el dominio de un aumento ponderado de sus medios de producción y, por ende, de un mejoramiento racional en sus condiciones de vida. Por tanto, esa agudización de los problemas sociales y económicos se convierte automáticamente en energía de clase que, lejos de encauzar o favorecer el desarrollo, mejorando sus índices evaluativos, lo enquistaba y lo desmejora, alzando vallas insalvables en perjuicio del bienestar de la comunidad.

Dentro de ese espectro socioeconómico debe proyectarse la óptica de políticas agresivas (diríase que de emergencia), como parte de la trama de la dinámica social, para que, en medio de la crisis, el objetivo sea conjurarla, aunque sea parcialmente, y corregir el malestar social que de ella proviene. Este debe ser un empeño colectivo de la mayor pertinencia, por encima de todo interés subalterno y en bien de la comunidad.

La Venezuela de 1984-85, demanda una respuesta al grado de marginalidad que, en esta fase depresiva, está padeciendo su cie/o existencial, y se supone que las políticas encaminadas a afrontar esa dramática lesión que, a manera de síndrome generalizado, sufre la comunidad, respondan cabalmente a las inquietudes y propósitos que conforman la búsqueda de soluciones satisfactorias.

Pero ¿en qué consiste esa lesión o agravio a la sociedad o a la familia como célula de aquélla? Se ha pretendido sostener erróneamente que el subdesarrollo es producto irremisible del agravio social manifestado, mediante expresión del síndrome de diversas maneras. Sin embargo, la verdadera respuesta es a la inversa, toda vez que el agravio social es producto del subdesarrollo que tiene las más variadas manifestaciones en el espectro social y que muchas veces encubre su existencia en apariencias de aspectos movedizos.

El síndrome se produce en variadas manifestaciones del cuerpo social: subempleo, desempleo, hacinamiento, promiscuidad en la vivienda, carencia o insuficiencia habitacional, miseria, pobreza, mengua en los servicios esenciales, insuficiencia, deficiencia, bajos salarios, disminución del poder adquisitivo, desequilibrio familiar y abandono de los hijos, deserciones y divorcios, injusta distribución del ingreso e injusta distribución del bienestar y, dramáticamente, insalubridad y desnutrición genocida en perjuicio de la niñez, en su primera y segunda infancia; sin que este cuadro sea suficiente para evaluar la magnitud del flagelo, pero sí para destacar la razón prioritaria en que está el Estado de enfrentar el subdesarrollo, con energía y decisión, a los fines de evitar que aniquile al cuerpo social y lo reduzca a la total indefensión.

Desacreditada quedó aquella etapa de la llamada “Década del Desarrollo”, que la Alianza para el Progreso pretendió diseñar en Latinoamérica bajo los cauces auspiciosos de una reforma agraria que sirviera paralelamente a otros medios de la producción para reactivar la economía y, fundamentalmente, quemar etapas en la meta fundamental de empujar al país del estancamiento al desarrollo integral como nación y como pueblo. Los anales estadísticos y la experiencia vivida dieron un resultado poco alentador, ya que, entre otros factores negativos, lejos de cesar la excesiva movilidad de la población, aumentó considerablemente y en detrimento de la anhelada fase de equilibrio que se suponía lograr en caso de controlarse esos flujos a tiempo. Y como el Estado no pudo corregir la insuficiencia en el área de las dotaciones de infraestructura, como tampoco en lo atinente a las finanzas de inversión que se vieron, a corto plazo, seriamente amenazadas o en mora de cumplimiento por el sobregiro, amén de una situación galopante de desocupación o de subempleo en densos sectores populares y en reducidas áreas de la clase media, más un crecimiento juvenil inusitado y el incremento de enfermedades carenciales afectantes de crecidos sectores de la comunidad, se impuso un cuadro patético de genuino timbre pauperal, acentuándose las carencias colectivas patentizadas en los conocidos y esparcidos “cinturones de miseria” de las grandes urbes, con sus consecuencias de hacinamiento y promiscuidad social, de convivencia multifamiliar en un medio físico inhóspito y carencial, generadores a su vez de un flujo sistemático y habitual de inadaptabilidad social al medio ambiente y a la vida regulada, con manifestaciones de peligro, como son las referentes al aumento desconcertante de la delincuencia.

Fue, en buena parte, por influjo de esa brecha que Venezuela pasó de la etapa esperanzadora de los años sesenta —y no obstante el poderío de su explotación petrolera y de una bonanza que deslumbró a toda América Latina— a formar parte del “Tercer Mundo”, caracterizado por balances que parecieran acercarse cada día más a situaciones de miseria capaces de amenazar el desenvolvimiento pacífico de las respectivas comunidades.

Dentro de la noción socio-económica del subdesarrollo, surge entonces una ecuación de vital importancia: el hábitat marginal y el hombre marginal que lo habita y lo integra, y, en torno a él, toda una serie de, factores concomitantes que gravitan sobre la base etiológica de la crisis familiar y social a través de la cual se debate la existencia...

En ésta, nuestra concepción básica de la marginalidad, habremos de partir de un punto central definitorio y genuinamente conceptual, para por la vía del despeje analítico, ir desechando esos factores concomitantes que conforman el flagelo social y determinar en qué consiste, como noción específica del cuerpo social, a los efectos de precisar un diseño de proposición social dirigido a combatir el mal. sus causas y sus efectos, en ese universo de síndromes convergentes: pobreza, miseria, carencia de participación, movilidad letal de la población, inseguridad subyacente del



ingreso, enfermedades carenciales, hambre, promiscuidad habitacional, déficit consecucional de viviendas y, sobre todo, disminución abrupta del poder adquisitivo de servicios del salario.

Ese punto de partida se resuelve por la forma de un nudo gordiano que subyace en la dinámica social y que es fácilmente perceptible en el marco socio-económico: la marginalidad es desincorporación o falta de participación de densos sectores de la población “económicamente activa” en el proceso regular y sistemático de producción de bienes y servicios, o, dicho en otros términos, es segregación injusta de parte de la nación representada en sectores poblacionales que, como consecuencia de ese “apartheid” corrosivo y deletéreo, hace posible que una porción importante del conglomerado deje de gozar de los atributos mismos de la vida en sociedad, disminuyendo su nivel de vida, la percepción de las atenciones que el Estado le debe en resguardo de la existencia y la salud, menguándosele a su vez la contraprestación laboral, o, en el caso extremo, dejándosele a la deriva, en un mar insondable de penurias y de necesidades patentizadoras de las mayores injusticias. Porción poblacional que, con propiedad, no está siendo explotada en el régimen de capitalismo del subdesarrollo, puesto que permanece ociosa, estancada e inerte, pero que constituye una, carga y un riesgo social de imponderable valor económico y de consecuencias impredecibles.

Precisemos la situación un poco más determinadamente.

## LA MARGINALIDAD

Creemos que una buena política de planificación, en medio de una crisis evidente y palpable, cuyo flujo aumenta en correspondencia con el tiempo hasta alcanzar niveles inusitados, aconseja no imponer un criterio exclusivista o parcial, en cuanto se refiere a la proposición para conjurarla, y, sin soslayar reglas y principios que en otras latitudes han sido acogidos en parecidas condiciones y circunstancias del proceso económico, examinarlos prolijamente antes de formular un diseño de programaciones que, a la postre, pudiere resultar rígido, encauzado por determinadas posiciones doctrinarias o ideológicas, o quizás demasiado flexibles para el momento que vivimos. La actitud ecléctica o atemperadora de corrientes podría conducir a un equilibrio más fecundo en la fase de la ejecución.

En Venezuela se ha incrementado en los últimos años un movimiento comunal a nivel de la marginalidad de los cerros y barrios enclavados en las zonas urbanas, tendente a comunicarle coherencia existencial y, fundamentalmente, a imprimirle un estado de conciencia que rompa el estancamiento y la libere de la contrastación mortificante con las vecindades, dotadas de recursos de todo tipo.

Ese movimiento comunal ayudará mucho a la liberación progresiva y al logro de reivindicaciones frente a las penurias que aquejan a esos núcleos de población.

No se trata de la copia de esquemas correspondientes a lo que, dentro del proyecto marxista, se conoce como el “ejército industrial de la reserva”, o, en el marco del capitalismo autónomo, el suministro de mano de obra de reducidos salarios y, consecuentemente, de menos costo para el capital acumulado. La noción de la marginalidad “histórico-estructural” está dirigida, como parte de la estrategia social, a luchar contra el desempleo que se forma por la “intensidad” de las migraciones, hasta formar puntos críticos de desocupación y de subempleo”. Es el llamado proceso de desmarginalización de las extensas zonas rurales de todo Latinoamérica, en atención a que el torrente va encaminado a conformar, en los aledaños de las grandes ciudades y centros poblados de trabajo industrial, cinturas aisladas con fronteras tangibles frente al proceso ciudadano normal que se opera en la gran urbe.

Se ha querido estigmatizar el proceso de recuperación democrática y, de hecho, se ha logrado, acuñando una frase de gran impacto publicitario: “desarrollo del subdesarrollo”, y, obviamente, desde esa óptica, los elementos generadores del fenómeno habría que encontrarlos en la sociedad dependiente. La masificación de cesantes, desocupados o subempleados gravita en el medio social, pero completamente al margen de toda protección y justo en la línea de la menor resistencia entre lo humanamente posible, como *mínimum* de subsistencia, y la

carencia total que explosivamente disgrega la cohesión grupal y sume a densos sectores sociales en disocialidad.

Entre 1973 y 1985, el decurso del tiempo no pudo ser más dramático y desgarrador. El pronóstico de Mac Namara, desde el Banco Mundial, proyectaba estimaciones sobre 800 millones de seres humanos que no sabían leer ni escribir; el promedio de vida del Latinoamericano se aprecia en veinte años menos que el de los países industrializados, en los cuales el margen de la riqueza es ostensible y el marco carencial reducido; en la primera infancia y antes del quinto año de vida, los niños mueren en la proporción de un 20 ó 25 por ciento, como consecuencia directa de la desnutrición, la carencia alimentaria, la subalimentación y los daños colaterales de otras enfermedades letales como las cerebrales irreversibles, y el hambre a nivel mundial causa lesiones sociales de considerable impacto por los bajos niveles de la alimentación, llegándose a establecer desgarradoramente que “entre un tercio y la mitad de la población de 105 países subdesarrollados sufren de hambre o están subalimentados”.

La dinamización de la economía permite la ocurrencia de dos hechos de singular importancia en el laberinto de la marginalidad: robustece las arcas del Fisco Nacional y por ello se amplía notablemente la esfera de los servicios sociales, como salud, educación, vivienda y crédito y asistencia técnica para la agro-industria y, al aumentar la oferta de trabajo, disminuye considerablemente la cifra dramática del desempleo.

En la Venezuela de nuestros tiempos, el síndrome de la marginalidad, dibujado en su noción más alta como un monstruo de varias cabezas, se ha colocado en índices singularmente dramáticos y sacudido todos los estamentos de la nación, hasta el punto tan controversial, no sin razón desde luego, de que la Venezuela de los años finales de siglo, que lucía como un emporio de flamante riqueza y bienestar por el maná petrolero, está reflejando ahora, en la encrucijada de la coyuntura económica y financiera internacional, a un país en el cual la miseria, la pobreza y el desempleo están ahondando el socavón de su total empobrecimiento.

La voz de muchos, unidos en el sentimiento patrio, se hace sentir en los confines de la Venezuela desgarrada por la crisis, y cada día la crítica y el reclamo se traducen en demandas de soluciones materializadas y tangibles. No podemos aceptar con resignación que los fermentos de ese proceso explosivo se vayan acumulando en el ya extenso techo de la existencia social de Venezuela. De hacerlo, nos sumaríamos al piélago insondable de los llamados “cómplices” de una sociedad que abdica de su dignidad y del derecho de su emancipación económica y social, para cederle paso impunemente a la llamada “cultura de la pobreza”, difundida bajo el antifaz de una sedicente economía independiente pero, en el fondo, sin ser otra cosa que el interés velado en penetrar los estratos sociales diezmados por la acumulación del capital y dejados a la incierta condición de su propia suerte. Hemos sostenido y

seguimos sintiendo que los fundamentos sobre los cuales hemos creído forjar una “Venezuela posible”, como la imagina Uslar, capaz de proveer con dignidad a su propia existencia, sin compromisos ni alienaciones ideológicas que atenten su independencia, dentro de patrones políticos e ideológicos que encarnen en la verdadera forma democrática, se han resentido alarmantemente y claman por un fortalecimiento de emergencia.

Es natural que ya no se acepte como buena una democracia de élites, en medio de las pugnas de los factores de poder agrupados para la defensa de sus intereses en estancos subalternos, porque la democracia que cabe en Venezuela y en toda la latitud latinoamericana, como producto del proceso procer de emancipación, es la llamada “democracia por abajo”, símil, imagen virtual de aquélla que ideó Bolívar como la del mejor gobierno que conforme la “mayor suma de bienestar social”.

Una de las variantes de marginalidad que, como fenómeno atípico, devino en constante sociológica latinoamericana después de la segunda Gran Guerra Mundial, es “el habit marginal” o vivienda pobre de los barrios o fabelas y que son el producto del enfrentamiento social violento entre las clases de diferente poder económico y de diferente ubicación en la dinámica de la producción; esos movimientos vienen del área rural y adquieren su genuina expresión gráfica en el binomio ciudad-campo por oposición.

En efecto, creemos que el urbanismo es el producto de ese enfrentamiento sobre una base socioeconómica: migraciones internas y búsqueda de alternativas de trabajo con salarios estables, en un área que, como la urbanística, totalmente diferenciada del campo, puede ofrecer a esos sectores populares, lo que el agro, por otras circunstancias, les niega. Dos mundos diferentes enfrentados y con dos integraciones poblacionales igualmente diferentes y sustentadas en muy disímiles bases económicas, que están determinadas por la diferencia de ingreso para la subsistencia, tienen necesariamente que conformar un cuadro de ruptura y de explosivo enfrentamiento. La contradicción y el contraste no pueden ser más dramáticos: el urbanismo (entiéndase la urbanización como hecho social determinado por la necesidad de confort y bienestar de clase) apunta en un sentido contrario a la pobreza; su dirección es el lujo, el acondicionamiento de la vivienda suntuaria y confortable, mientras que la masa marginal apenas aspira un albergue periférico, alrededor de las grandes urbes, pero totalmente mermado del servicio elemental en el mínimo de subsistencia: pues mientras el urbanismo busca belleza arquitectónica, el confort y la comodidad, la zona marginal apenas se desenvuelve desgarradoramente en la búsqueda menguada del existir y solicita un albergue promiscuo y deficitario, que pueda garantizar el elemental reposo diario y las largas e interminables horas de espera por las promesas fementidas de trabajo y de ocupación laborales. Dicho en otras palabras, en medio de la cruel ironía del buen decir, con lo cual se adornan “las buenas intenciones políticas”, la ciudad es vitrina de suntuaria existencia para minorías de buenos ingresos, pero es, al mismo tiempo,

la exposición humana de degradación más espantosa, más allá de la muralla de hormigón que determina las fronteras de la riqueza con las lindes de la miseria y la vida infrahumana.

El proceso de democratización no es un proceso dinámico-social que pueda circunscribirse al flujo político de élites o clases o factores de influencia enquistados en el gobierno, a despecho de sectores olvidados que están al margen de las decisiones y de los motores de la producción. No se motoriza una nación ni se la incentiva hacia un proceso de desarrollo en medio de la segregación social o con la gesta casi genocida de marginalidad provocada. Es atendiendo a la célula formativa esencial de la Nación, como es el hogar, la familia y la escuela como emporio de formación, que puede hablarse con propiedad de una política sistemática y organicista de participación integral. Con políticas residuales no puede encauzarse el desarrollo ni proyectarse a nivel nacional, por la forma de un consenso, una cruzada emergente contra el síndrome que corroe al cuerpo social y le disminuye paulatinamente su poder de resistencia al flagelo marginal.

Venezuela y los demás pueblos de América latina lograron vencer el yugo de la dominación española, más no el de la dependencia económica. Don Enrique Bernardo Núñez, con estremecedora vergüenza y dignidad, desde su “Samán”, en una clara escrutación de nuestro pueblo y de nuestra identidad como Nación, nos depara: “La historia del siglo XX se halla escrita con petróleo. Los pueblos de América, la española, india o latina, han renunciado a su historia. Son llevados a remolque con todas sus tradiciones e historias, por pueblos que tienen las suyas, pero que tienen además, el sentido de la historia. Cualquiera sea el desenlace, esta parte de la América parece destinada, hoy por hoy, a ser presa o botín de los vencedores. Ninguna parte tenemos en la historia vital de nuestro siglo”.

Desde los remotos tiempos del “Descubrimiento” y subsiguientes de la colonización del aborigen por los conquistadores, la tierra ha estado profundamente vinculada al desenvolvimiento del hombre, no en función individual solamente, sino en función social; esto es, como nación. El hábitat ha sido y seguirá siendo el elemento esencial, donde el hombre asienta su gentil existencia relacionada, y donde, como centro dinámico, debe generar el trabajo que asegure tanto su existencia como la satisfacción de sus necesidades.

Por ello, esa contraposición de lo urbano a lo rural, marca un hito histórico en la evolución de las modernas sociedades, y en muchos países, entre los cuales Venezuela ocupa un lugar enhiesto, lo urbano ha crecido y ensanchado su latitud geográfica y humana a expensas del campo, aumentando con esto la marginalidad.

En esa ecuación sociológica del espacio-hombre y del fluir constante de las etnias y las multitudes, sean éstas rurales, internas o exógenas (movimiento

inmigratorio), el *quid* como meta del hombre es la apropiación del espacio y la dominación de la tierra.

Esa desigualdad del hombre ya residente en la urbe (CITIZEN), en cuanto a sus modos de vida, hábitos, costumbres, patrones de conducta social diversos y, fundamentalmente, carencia de un ingreso compensador del consumo, genera la desigualdad y conforma el cuadro marginal, pleno de privaciones, ayuno de una real y efectiva participación en la distribución de la riqueza.

Si fuéramos a enfocar una masa con patrones de conducta sedentarizados, la perspectiva sería diferente; pero el proceso marginal es altamente dinámico y fluido, y, en la medida en que el capital agudiza su penetración en campos diferentes, adquiere rango tecnológico igualmente diferente. Las formas sedentarias y un tanto pacíficas de la vida rural se ven cambiadas totalmente por el cambio del agro por la urbe y, en la misma medida que el trabajo constituye un impulso, por ser instinto gregario canalizado (el hombre quiere trabajar y goza trabajando como escape de su inactividad): la fase pasiva del desempleo o el subempleo produce un sentimiento masivo de frustración, al establecerse una comparación entre la dinámica de la gran ciudad, siempre en permanente movimiento y en acción creadora, y la barriada marginal inerte, apartada, distante del aparato de producción, que viene a ser la participación del hombre, por diversas formas de trabajo, en la producción de la riqueza.

Las conmociones sociales derivadas de esta situación se explican por sí solas en densos sectores de la colectividad en el rictus del apartamiento total y en la profunda agonía de la miseria que tal segregación conlleva.

Esa segregación es nociva para el movimiento ascendente del desarrollo económico. Ese apartamiento cercena el legítimo derecho de las mayorías subyugadas a desenvolverse de conformidad con la garantía constitucional que tutela y ampara la clase trabajadora.

Hemos sentido siempre que la tendencia del sector privado (poder patronal) hacia la segregación o la negación del derecho de las mayorías laborales, aunque en apariencia garantizado por el sistema democrático, es contraproducente al avance del país, al logro de las metas de superación integral, y sirve de ayuda para que en las vertientes cruciales se faciliten los elementos generadores de la marginalidad social y de todos los efectos letales que derivan de esa coyuntura socioeconómica.

Riqueza y tierra se han dado siempre la mano para recorrer juntos el camino de la dominación, y el resultado ha sido siempre sobrecogedor, pues quienes motorizan la riqueza, ponen los procesos de la producción en marcha y concluyen el ciclo de mercadeo, a la postre resultan menguados en esa distribución que racionalmente

debiera ser equitativa o, por lo menos, compensadora del sacrificio empleado para generarla.

El proceso de transformación de nuestra economía, del otrora ámbito agropastoril al de la manufactura industrial, al unísono de haberse estructurado un comercio moderno y ampliado los sistemas de importación y exportación; ese pase de país agreste a país dominado por la monoproducción petrolera, trajo como consecuencia que densos sectores de la población, sujetos a desplazamientos obligados por la transición, se vieran impelidos a convivir en un mismo espacio físico, pero dentro de grandes diferencias de participación en el proceso económico, y como la clase dominante tiene el interés de la diferenciación, echa mano del urbanismo y se apoya en él como un medio de convivir suntuariamente en la concentración del lujo urbano frente al cinturón de miseria que rodea las flamantes vitrinas de la ostentación y la riqueza.

Se generaliza la protesta y se agudiza la denuncia en diversos sectores de la vida nacional, porque no podemos hacernos de la vista gorda y mirar de soslayo el gravísimo y angustiante problema de la marginalidad con sus secuelas deletéreas, y toda esa gama de carencias que vive y padece el país nacional. El empeño debe ser común y comprendernos a todos ante la sacudida del estamento. El empeño debe ser colectivo, por encima de los intereses grupales y subalternos, dentro del marco claro y definido del liderazgo que nos hemos propuesto cumplir para el bienestar de la comunidad. De la denuncia que hagamos deben aflorar los correctivos estabilizadores de la situación. No podemos abdicar nuestros deberes primordiales haciendo nuestra la historia de un capote que, siendo Rey, se resignaba a gobernar, en inhibición culpable, diciendo “después de mí el diluvio”. En una democracia bien interpretada y mejor dirigida, el concurso de factores de decisión es también gobierno.

No toda la población venezolana es nómada por antonomasia; la hay en algunas regiones por razones telúricas y en otras por razones evidentemente económicas; pero lo carencial de los tiempos presentes sí influye notablemente en el flujo poblacional y ello determina que en regiones donde el índice de desempleo o subempleo era reducido, las migraciones internas lo hicieron aumentar considerable y agresivamente. En los grandes centros urbanos o en las áreas de las usinas o de las industrias y aún en reducidos sectores del alto comercio, la automatización ha servido para traer progreso y confort, bienestar y buenas condiciones de vida para un reducido sector nacional, pero no para las mayorías carentes de salarios idóneos al mínimo de sus exigencias vitales o existenciales. Surgió entonces la paradoja de dominar el progreso con la prevalencia de la máquina, pero el dominado fue el hombre y la consecuencia la más despiadada alienación.

Cuando Mitterrand, promotor y diseñador de una estupenda promoción social en la Francia convulsionada de su tiempo, se empeñó en proyectar la fórmula socio-

económica contra el desempleo, advirtió la carencia y por toda la piel del cuerpo social corrió una ola de escozor: “¿Quién habría podido imaginar que la máquina iba a convertirse en el instrumento de una nueva esclavitud? Todavía no hemos podido poner la ciencia al servicio del hombre. Y éste no ha adquirido aún conciencia de las causas objetivas y subjetivas de su servidumbre”.

En Venezuela, como en otras áreas latinoamericanas, las políticas para frenar el desempleo, teniendo como foco de atracción las llamadas “reservas del paro”, que son expectativas diseñadas para atender el flagelo, han fracasado también como en Francia. El piélago de desempleo impulsa la movilidad geográfica y pone en marcha densas masas rurales que, al emigrar, debilitan la ya deteriorada estructura del agro. Es una reacción natural, yo diría que responde a un impulso de defensa: si no hay trabajo, hay que buscarlo donde sea y como sea, so pena de perecer.

Es una experiencia histórica que el desempleo, como consecuencia del estancamiento económico, a más de constituir una fisura abierta en el cuerpo social laboral, produce un fenómeno colectivo caracterizado por la Inhibición que frena la reivindicación salarial: “el paro contribuye a la movilidad geográfica... Los trabajadores que ven cerrarse las fábricas a su alrededor y que temen por su empleo, dudan de lanzarse a la lucha social. Han tenido que consentir la disminución de sus salarios. (Aquí y Ahora —François Mitterrand—, p. 176, 1980).

Está claro que en Venezuela, la óptica sobre la fisura que se abre en el campo laboral, el cambio agresivo del equilibrio de divisas y la implantación de sistemas ad-hoc para conjurar la crisis financiera consecuente a la deuda con el exterior, ensancha ese boquete por donde cunde la miseria y se amplía la marginalidad, haciendo que sus efectos se hagan sentir más en las clases necesitadas, tanto en el campesinado como en el área laboral de la producción. Esa fisura aparece como un presagio desgarrador para patentizar la pobreza, y contra esa lacerante herida hay que reaccionar tempranamente.

Hay un campo de convergencia que generan las llamadas fronteras de la marginalidad, de las cuales es hija legítima la miseria masiva de la población. Esto nos hace pensar en el viejo aforismo de que “la causa de la causa es causa del mal causado”, ya que en el marco etiológico, si se parte de la injusta distribución del ingreso hasta llegar a los últimos estrados de la pauperación, en aquellas barriadas totalmente depauperadas, habremos de concluir, indefectiblemente, que hay una relación sin solución de continuidad que arranca del fenómeno económico per se y se va desarrollando, como una forma política o sociológica más compleja, en la misma medida del tiempo y del espacio.

Un ingreso mal administrado o gerencia. do bajo los patrones férreos de la discriminación y la segregación sociales, gravita en la comunidad como la cantera sobre la cual se va fraguando el mal colectivo: carencia de justicia en el reparto del



ingreso, marginación en la participación de él; subalimentación por carencia de salario adecuado, pobreza habitacional, formación de los llamados “taudis”, de infraexistencia humana en las barriadas marginales.

## **EL HAMBRE**

El desquiciamiento famélico de pueblos y naciones viene a ser una especie de genocidio sistemático de destrucción del hombre. Hay hambre en muchas latitudes del globo terráqueo. Hay desolación y miseria en los cuatro confines de la humanidad, y ahora, en la Venezuela de finales de siglo, encontramos un país inmerso en terribles flagelos carenciales, entre los cuales el hambre gravita inclemente contra la humanidad, como espada de Damocles. Llega a ser apremiante, desgarradora y actual.

Hace cuatro decenios, Nerio Rojas auscultaba el cuerpo social latinoamericano, desgarrando tejidos para llegar al purulento foco y, dentro de una brillante trayectoria de galeno y de sociólogo, penetrado del más profundo conocimiento de la ciencia, nos enseñó los alcances del hambre, tanto en el hombre individualmente concebido como en el hombre socialmente ubicado.

Es cierto, como lo afirma el tratadista, que el hambre tiene sus raíces en la vida misma: está en ella y en su propia dinámica, y no es un instinto especial, sino el grito de alarma del instinto de conservación ante el sufrimiento del organismo. Ese instinto, en la era tecnológica, ha alcanzado relieves extraordinarios, porque saltó las fronteras geográficas de las naciones y se generalizó en la profundidad biológica del ser social. Son frecuentes las dramáticas informaciones de Biafra, de la India y Etiopía, en eso de las hambrunas colectivas, y también lo son en el horizonte lejano de la China Continental, debatiéndose en la cruel agonía de su desfallecer famélico. Por contraste, en la Venezuela petrolera de 1985, la amenaza se cierne sobre los sectores menos favorecidos y comienza a cobrar sus víctimas en el silente holocausto colectivo.

Para la mayoría de los tratadistas, el hambre del hombre y el hambre de los pueblos tienen una profundidad biológica de alcances impredecibles. Entre ellos, Nerio Rojas nos habla de la extensión casi cósmica del hambre como fenómeno de la humanidad, “pues por ella habla la fuerza de la propia naturaleza viva que no quiere morir” y la contrapone con el hambre-sentimiento, que no ha escapado a poetas como Schiller, para quien el hambre y el amor dirigen el mundo.

El hambre tiene un espectro di/atado, casi cósmico, poliédricamente distendido en la historia de la humanidad y en la existencia misma del hombre, desde su aparición cavernaria hasta nuestros tiempos, en plena era del átomo y de la

tecnología. El hambre nos interesa en su aspecto social, en la perspectiva sociológica y, sobre todo, desde el punto de vista político, a fuer de motivo esencial y prioritario para que se forjen y diseñen políticas que tiendan a conjurar el problema de masas. Por ello, para nosotros, el hambre tiene una fisonomía eminentemente gregaria y masiva.

En esta faz social, el fenómeno famélico vendría a traducir y a delimitar un campo específico: el de la pobreza, el de la miseria y, en última instancia, el de factor determinante de insalubridad colectiva. Puede decirse, con propiedad, que del síndrome del estado famélico a la enfermedad endémica hay poco trecho y muy débiles fronteras. Si entendemos el hambre como una manifestación de marginalidad, en la amplia ubicuidad del problema, tenemos necesariamente que entender que hay concomitancia de factores dentro de una vasta suma de manifestaciones externas del cuerpo social, y que su complejo proceso de ubicación abarca desde el campo médico y biológico hasta el campo social.

El signo del hambre en la humanidad ha sido secularmente, como piensa Katz en sus profundas observaciones de Estocolmo, el ducto de profundos cambios sociales y el motor singularizado de tremendas conmociones en la humanidad.

El hambre, como hecho comprobable en lo social, puede exceder del campo estrictamente individual, del hambre fisiológica, de la patológica o de la simple subalimentación y abarcar amplios espectros del cuerpo social, generalizándose para llegar a adquirir categoría de endemia, en medio de una cronicidad lamentable, por el agravio que causa a la colectividad y por las consecuencias que ella trae en la estructura de la sociedad, tanto en lo económico como en lo espiritual.

La moral y el derecho sienten el impacto por las vías de la disocialidad que afecta al orden jurídico, a las costumbres y a los patrones de conducta social tradicionales de la vida relacionada. Los disturbios y las irrupciones galopantes de criminalidad y delincuencia son buena muestra del desequilibrio que, en buena parte, encuentran su ubicación en poblaciones inmersas en este tipo de problemas. Desde luego, no podemos afirmar, con propiedad sociológica, que el hecho famélico sea en sí mismo y por sí solo causa de disocialidad, pero sí que es factor concomitante dentro del amplio campo etiológico que genera la descomposición social y colectiva.

El hambre colectiva, como hecho generalizado (modernamente se tiene por institucionalizada en algunos sectores marginales de la sociedad y eufemísticamente se la denomina “mengua carencial de alimentos”) se ha distendido entre pueblos y naciones y ocupa vastas regiones de la tierra, multiplicando sus víctimas y llegando a convertir el flagelo en verdadera calamidad nacional traducida en inanición.

El hambre que actualmente padece Venezuela es una forma endémica de pauperismo que vino quemando etapas en el mismo sentido en que la nación se incorporó buscando alcanzar las metas de su desarrollo económico, y, en ese proceso dinámico que se entabló entre los medios de la producción y el capital, surgió la pobreza como un estadio de mengua social enclavada en aquellos sectores menos beneficiados por el ingreso social. A dos factores tradicionalmente generadores del hambre en Venezuela (escasez de productos alimenticios y falta de trabajo) debemos agregar otros factores del espectro que afloraron en la comunidad regional como consecuencia de deficiencias en los medios e implementaciones de la producción y el mercadeo. Entre ellos, destaca el fracaso de las políticas aplicadas para dominar el medio físico, mejorar la producción y alcanzar la productividad, en la fase de un desarrollo incipiente y signado del rol alienante de la importación en gran escala.

El binomio de oposición entre urbanismo y campo, señalado al comienzo, es causa evidente del estado de pauperismo en que se encuentran densos sectores poblacionales del país, en los márgenes de las grandes urbes y en deplorables condiciones de infrahumanidad. En la mayoría de los casos, las penurias se deben a causas naturales, pero en el área urbana el origen del mal estriba en manipulaciones de productos para encarecerlos o privar a la población marginal del derecho de alcanzarlos: son las llamadas maniobras especulativas, o “poder de las roscas”, de amplia participación responsable en la agudización del mal.

El hambre carencial y latente que subyace en los estratos poblacionales de la Venezuela contemporánea tiene raíces profundas y no es ya coyuntural; llega a ser una endemia. Es un azote actual que diezma la población y que sume en miseria y degradación a un porcentaje muy elevado del país.

Es un problema carencial de alimentación. Es una mengua en la distribución de medicamentos y en el reparto que debiera ser equitativo de los servicios de salud: es, en buena parte, el producto de la marginación en el trabajo y de la disminución de un salario no adecuado a las necesidades existenciales de gran parte de la comunidad social.

Estamos viviendo Una época de precarias condiciones de bienestar comunal, puesto que el problema de la alimentación repercute altamente en la salud del pueblo, y ese deterioro atenta contra su existencia, ya que la cifra de quienes viven en esa situación de desesperanza y de minusvalencia social ha adquirido contornos dramáticos y desgarradores, en el sector marginal de la población. Entendemos que el problema no se corresponde con una situación coyuntural de crisis determinada por un “impasse” financiero mundial o regional de desfase, sino que se ha venido incubando en el cuerpo social venezolano, sistemática y paulatinamente, a manera de grave endemia. Es necesario hacer el planteamiento con verticalidad, con crudeza y autenticidad.

No puede admitirse con resignación que en la Venezuela cercana al año dos mil, cerca de un tercio de su población pueda encontrarse medianamente alimentada y aproximadamente dos tercios de ella subcarente de alimentación.

Consideramos que es un problema de monta mayor para la comunidad de naciones la alimentación de centenares de millones de hombres, mujeres, niños y ancianos, en un mundo conturbado por la violencia, la anarquía y las luchas fratricidas, en el cual los intentos por lograr metas de desarrollo, así sean parciales, han resultado fallidos.

Desde la década del 70 el aumento de población del orbe se ha proyectado mediante fuerte multiplicación de contornos indefinidos y presagios de densos y oscuros nubarrones. El índice sorpresivo alcanza del 75% al 80%, el cual, para fines de 1985, habrá aumentado considerablemente en razón de que los países subdesarrollados o en vías de desarrollo todavía no han alcanzado estadios para aplicar los controles de natalidad. Los cálculos sobre la estimación mundial, de incrementarse la población del globo en aproximadamente 200.000 personas diariamente, llegarán a los siete mil millones de habitantes, sin que las necesidades de alimentación hayan podido evaluarse, a los fines de proveer los diseños de planificación social. Entre esos países, Venezuela ocupa un lugar de extrema preocupación.

En verdad, nuestro país presenta un caudal de población con estructura típica del subdesarrollo. Se nos ha pretendido llamar, con cierto eufemismo, “país en vías de desarrollo”, pero, y no obstante haber arrancado ya las etapas incipientes de la industrialización, permanecemos subdesarrollados, sobre todo en razón de mantener intactas algunas áreas sociales, donde no ha llegado aún el beneficio del progreso, e incluso en atención a que mostramos cuadros que acusan empeoramiento...

El concepto de hambre, al acercarse el siglo a su final, ya no es la sola carencia nutricional y el equilibrio de la ingesta diaria para compensar en calorías lo que el organismo humano necesita para subsistir. Es más trascendente. Va más allá de lo puramente fisiológico para abarcar aspectos socio-económicos de otros matices. Según esta concepción, la noción de hambre sería sinónimo de penuria y carencia en lo social, mengua y deficiencia de los valores básicos en la subsistencia del hombre en todos sus niveles: en el educativo, en el político, en los aspectos éticos de la convivencia organizada y de relación, y, en general, en las necesidades de cultura y de educación.

De suerte, pues, que de acontecimiento famélico, ocasional o endémico, se ha pasado al institucional, siendo obvio que la marginalidad, como falta que es de participación activa de una porción considerable de la población en el proceso vital del hombre, resulte ser la gama coadyuvante que genere el estado de pobreza y miseria que conmueve al mundo entero.

Entendemos que la pauperización se materializa mediante estudios que no se dan autónomamente, como manifestación de depredación social, en cada pueblo y en cada país, por elementos propios y determinantes de su dinámica social. Estos ayudan, pero las coordenadas del ciclo externo, como formas de agudización exógena, constituyen la complejidad contra la cual hay que luchar para oponer barreras. Es difícil —debemos admitirlo— la lucha y la programación social frente a la profunda lesión que causa a la comunidad, entre otros factores concomitantes, la dependencia económica, pero debemos asumir la responsabilidad de hacerlo para irnos zafando progresivamente de las ataduras que someten nuestra economía a intereses foráneos de bien conocido peso específico.

### **CONCLUSIONES:**

Los movimientos masivos de población han cobrado en Latinoamérica, y muy especialmente en Venezuela, una singular importancia geopolítica. Su comportamiento constituye una constante sociológica y es decisiva su influencia en el proceso de desarrollo del país. Su incidencia social, en la fuente generadora de marginalidad, es considerable. Buena parte de ella se hace palpable en los indicadores sociales y en las fuentes de información. Para enfrentar tal dinamismo poblacional, es preciso articular políticas de incentivo de arraigo en el ámbito agroindustrial, a los fines de que el binomio “Ciudad-campo” influya sobre la presión marginal, disminuyendo los éxodos y surtiendo efectos beneficiosos sobre la pobreza y la miseria ambulatorias.

Los incentivos, con independencia del mejoramiento de los servicios asistenciales en el interior del país, radicarían en ofertas reales y racionales de créditos a grandes plazos y sin recargos burocráticos para las clases receptoras de menores recursos y comprobadamente carenciales, garantizándose la percepción del crédito en oportunidad ajustada al calendario-estación y la colocación de las cosechas libre de toda presión proveniente de las roscas.

Se requiere asignarle rango de primerísima importancia a la familia campesina, a la familia urbana marginal, y a la pareja extramatrimonial rural y urbana, como núcleo generador de una participación social activa en el proceso de la producción. ya que, en la forma como esa participación se logre, disminuirá el índice marginal en los cinturones de miseria propios de las grandes urbes.

El salario bajo, dentro del contexto de la crisis, sea ésta estacional o coyuntural. y/o estructural de la economía, constituye una valla de incalculable valor orientador, pues la carencia adquisitiva que deviene como consecuencia del salario mínimo coloca a densos sectores poblacionales en condiciones de una marginalidad

galopante, casi irreversible. La regla es que si la causa (salario) no se supera, los efectos (la pobreza/miseria carenciales) no pueden disminuir ni desaparecer.

Hay fundamentalmente una consideración técnica y racional en la evaluación. El aumento de salario debe estar precedido por una evaluación sobre la ganancia en la inversión, pues resultaría incoherente aplicar un régimen de salarios altos no ajustados a la ganancia, y el efecto sería perjudicial a la economía general del país.

Constituye elemento esencial de comprensión de los factores de la marginalidad, la determinación de la llamada “demanda potencial” sin la cual la carencia, de cualquier tipo, estaría sujeta a tergiversaciones en su estudio análisis cualitativos y cuantitativos y en el diseño que se aplique para corregirla. Esa demanda potencial se forma por el subconsumo, que es el déficit de alimentos, de bienes o de servicios, en magnitudes evaluables, y por el ingreso mínimo que debe percibir cada familia o grupo seleccionado. La confluencia analítica de ambos factores debe tener una confluencia real en la estimación y por ende en la política por aplicarse.

Es una necesidad imperativa de la más elemental política social, tratar de disminuir (ya que eliminar sería obra titánica por ahora, aunque no imposible) la monstruosa e exhibición del llamado binomio de contradicción ciudad-campo, en el cual, como espacio físico y como espacio social y económico, ha resumido, con dramatismo singular en las dos últimas décadas, una marginalidad amenazante que deprime el sistema, que presenta un conjunto de factores de desestabilización y compromete grandemente a quienes ejercen el liderazgo político a todos los niveles.

Toda política encaminada a resolver la angustia derivada de la pobreza habitacional del llamado “binomio ciudad-campo”, a delimitar, en lo posible, las migraciones que están determinadas por un dinamismo incoherente de densos sectores de desempleados o subempleados, tanto de las zonas rurales como de las grandes urbes, tiene que dirigir su acción contralora hacia la Venezuela interiorana, de donde parte una masa que, en la incesante búsqueda de mejores condiciones de vida, de sedentaria se volvió flotante, trashumante y movediza, para permanecer en condiciones de hacinamiento marginal dramático, pleno de miserias y ayuno de asistencia social.

Para ello, se debe combatir en todos los frentes la tenencia de tierra inútil, ociosa o de engorde, tanto para la industria como para el sector construcción.

Si la marginalidad urbana se nutre y crece con las migraciones rurales, para formar capas o estratos de inadaptados a las urbes y, por consiguiente, marginados del proceso productivo, desatender esas migraciones o dejar de implementar medidas tendientes a mitigarlas, constituiría conducta contraria a los más elementales postulados de la planificación moderna, sobre todo en un país como el nuestro, donde el precepto constitucional garantiza el derecho al trabajo y la

redistribución del ingreso en toda la población, sin discriminaciones ni distingos aberrantes en razón del nivel de posibilidades.

La plantilla burocrática de los organismos en cuyo ámbito reposa la responsabilidad del desarrollo en materia de viviendas sociales para atender las clases necesitadas, debe merecer prolija y escrupulosa atención en la planificación integral, pues una hinchada burocracia, inerte y enquistada, desestabiliza la institución y mengua partidas presupuestarias que podrían surtir efectos positivos acordes con los recursos a ellas asignados.

La tenencia de la tierra y sus efectos, tanto para la consolidación de la Reforma Agraria como para la implementación de políticas coordinadas de lucha contra el flagelo de la marginalidad, es materia importante y tiene una connotación muy significativa en la planificación y ejecución de cualquier diseño social para el desarrollo.

En lo estructural de toda actividad tendiente a estabilizar al campesinado y a ubicar algunos sectores flotantes de las capitales en la zona agroindustrial, para dar desarrollo geosocial al área e incorporar en Jo económico a grupos de desempleados, el crédito constituye un eslabón de enlace de primera categoría. El crédito agrícola asienta la población en su medio ambiente, garantiza la recolección de las cosechas y propicia la vía más cónsona para asegurar el mercadeo de los productos; pero ese crédito no debe dejarse a la libre disposición de los beneficiarios, sino someterse a condiciones de vinculación aseguradoras de aquellos fines posibles.

Se sabe que los entes financieros deben proceder a otorgar créditos para la actividad agraria si éstos se ajustan a las respectivas políticas y si los peticionarios cumplen a satisfacción los requisitos establecidos por la administración. Allí surgen los inconvenientes propios de las garantías en razón de las condiciones poco favorables al campesinado, y como en nuestra legislación no existe la definición conceptual del crédito agrario, resulta imperativo que a los contratos correspondientes se les reconozca la naturaleza específica del CONTRATO AGRARIO SOCIAL, para adaptarlos a la finalidad de beneficiar una clase necesitada de especiales auxilios para superar las condiciones de marginalidad que la circundan.

Todo diseño para una nueva Sociedad debe tomar en cuenta factores inmersos en la formación del pueblo, en su tradición, en su cultura, en el molde de su historia, y hasta hurgar en lo hondo de la idiosincrasia para escrutar lo que debe ser un estado de conciencia o una actitud frente a la vida; factor psicosocial de relevante importancia, en el proceso de la adaptación de los pueblos al alcance del desarrollo.

Es deber de vanguardia impedir que el pueblo pierda la fe en sus instituciones; que viva y sienta en carne propia la tragedia de sus males colectivos, de sus

endemias incontrolables; que migre incesantemente de un sitio a otro, ante la mirada indiferente de las clases dominantes, apelando al cambio de lugar como recurso baldío para paliar el dolor en que se le traduce la dura existencia...

Consecuente con esa visión de la Venezuela integral y no fraccionada, me he propuesto hacer del viaje a la provincia una constante de mi vida habitual como hombre público y como parlamentario, considerando que el mimetismo detrás del escritorio aniquila las posibilidades de acción y disminuye el caudal y la potencialidad creativas.

Conozco a Venezuela desde el radiante cielo deitano que prolonga mi preciosa tierra guayanesa hasta los confines del mar. Voy y visito la llanura inmensa de esa tierra gallegiana que sufre y sabe esperar, y trepo la cordillera buscando auscultar, como clínico que se arrodilla en el lecho del enfermo, los orígenes del sufrimiento social. Cada vez acrecienta más en mi espíritu el incommovible convencimiento de la gran cantera y riqueza moral del pueblo venezolano, lo compacto del barro que deviene de nuestros aborígenes y el optimismo para pregonar, en todas las direcciones de nuestra geografía, que Venezuela saldrá victoriosa de esta profunda crisis que nos sobrecoge y deprime, y que en ello está comprometido nuestro sentido de la dignidad nacional.

Considero que no se puede llegar a conclusión racional alguna sobre el desarrollo nacional si no se supera la realidad de la Venezuela marginada.

Siento que el país no puede seguir siendo, como hasta ahora, un monstruo petrolero, abierto de fauces a los cuatro confines del mundo, en espera del provento aceitero.

Venezuela no puede ser más el país macrocefálico que yace en la gran ciudad, absorbiéndolo todo, mientras el resto del cuerpo social, con sus conocidas excepciones, se mantiene tullido o hemipléjico y reclama la aceleración de los planes que le sirvan para robustecerse.

Pienso que a Venezuela hay que vivirla en su plenitud, no desde una curul parlamentaria, frente al oropel de las tarimas y estrados de los oradores, o en la cómoda quietud contemplativa de los directorios gerenciales o de los conciliábulos políticos, sino en la propia fuente, en el lecho de las vicisitudes sociales, allá, en lo hondo de la nación, donde radica el mal.

Y hoy, cuando nos reunimos, para celebrar la efemérides correspondiente al 12 de Octubre, aquí, en presencia de la representación popular guayanesa, el sentido teleológico de la formulación social consignada en esta disertación se enmarca en la tesis de la promoción del hombre y del desarrollo de la persona humana, como un



reconocimiento más de la grandeza que caracteriza a la raza que too dos llevamos por dentro.

Ciudad Bolívar, 12 de Octubre de 1985.

Como se advierte en la solapa de este volumen, entre el trabajo que antecede y el que se inserta a continuación, hay un eslabonamiento que prolonga las observaciones del autor de los campos de la marginalidad social y del hambre al de la salud popular, como “asunto de Estado”.

La introducción, referente a la invocación histórica de Guaicaipuro, sirve para explicar por qué al David Morales Bello de la sensibilidad poética y de la frase hermosa relacionada con el génesis de la nacionalidad lo motivan los desajustes sociales y lo angustian las penurias que sufren los distantes de la vida humanizada.

Las carencias sociales de la marginalidad y el hambre se conjugan con las condiciones que presenta el estado de salud del pueblo. De allí que aparezcan, unas tras otras, en este volumen que reúne parte importante de las más recientes intervenciones públicas de este luchador y pensador social que es David Morales Bello.

“ACULPUEBLO”

**“LOS TEQUES”**  
**COMO VENTANA PARA ESCRUTAR**  
**A VENEZUELA**

Discurso de Orden pronunciado por el Dr. David Morales Bello, en la sesión solemne del Concejo Municipal del Distrito Guaicaipuro, el 21 de octubre de 1985, al celebrarse el “Día de Los Teques”.

## APROXIMACIÓN AL HOMBRE Y AL ESPACIO

¡1777-1985! ¡Dos siglos... y ocho años como crisálida del tiempo en la formación de un pueblo; en la gestación de una conciencia, hasta afirmar presencia y raíces en el espacio vital! LOS TEQUES, “por su corazón de cerros, al corazón de su gente”, ahora en la presencia creadora y fecunda de la madura convicción del ser social, arrastrando en el ancestro de sus anales la viva emoción de sus costumbres, de su tradición, de sus afectos, como lo dibuja, en emotiva prosa poética, Castillo Lara:

“...El amor a la tierra toda comienza por sus propias parcelas. La familia, la casa, el paisaje, el cerro y el árbol. La calle, la mujer. El niño. La vida. Todo crece en una sola voz, para llamarla tierra y llenarse de su sangre. Amo a estos pueblos callados y humildes que adelgazan su espera en un tallo de soledad y se empinan sobre una calle de silencios; cabe un muro y un alero entre una sombra de noche y un alumbrar del día. Aferrados siempre a la costra de su tierra y a la tierra de sus hombres. Entre palabra y silencio. Risa y llanto. Mientras el tiempo golpea las ventanas de la sangre”.

La fisonomía de un espacio, de un hombre y de una tierra yace en la explanada abierta que mira hacia el mar o deja correr la línea suave en el cauce de un río que zigzaguea en la hondonada; Guaracarima, en las riberas del Aragua, o allá en lo alto de Terepaima, en la corriente del Macarao, o abajo en las estribaciones de Paracotos o en los confines de Caypauro montañoso y silente, o en las crestas empinadas de Catia o los Mariches, y en todas estas latitudes de la llamada tierra “Teque”; de allá vino el rumor que conmovió la comarca, que sacudió con ímpetu los bohíos y estremeció el palenque de la resistencia aborígen: paisaje, espacio, tierra y agua se juntaron para fraguar el barro de una existencia templada con aceros infernales y con olor a azufre; toda la naturaleza se dio en él con la recia templanza del granito y de la roca, los cronistas de Indias señalaron que muchas lunas calentaron el barro en la honda noche secular de la raza para lograr esa resistencia de su singular contextura; que en él

“cuajaron soles de hondura y se tostaron bucares de sangre; que venía de tantos brazos y de tantas voces, y del grito y la mirada libre, del gesto abierto de los bosques y que todo era de él y de nadie, y por tanto de todos juntos, y que, cuando las macanas largas de relucientes filos quebrantaron la soledad y el silencio de la región agreste, afloró por doquier el grito de Guaicaipuro”.

De tierra afuera vino la conquista. En la línea del horizonte hacia el mar, se abrió la centella que crispó el músculo y concentró la voluntad aborígen de defender lo suyo: de arraigar la tierra y la sementera y el conuco, de encender en el palenque una votiva antorcha de rebeldía para ocultar, en la larga noche de los siglos, el grito de dolor más allá de los límites del pánico telúrico de lo desconocido.

Y, nuevamente, después del grito encendido de las Cocuizas, hombre, espacio, tierra Yagua se juntaron para levantar la esperanza y la fe en un símbolo de profundas raíces ancestrales; en un haz para detener el avance del hombre desconocido. Ese símbolo encarnó en el cacique que devoraba las distancias con su mirada felina, avizorando horizontes con la rapidez del relámpago, porque fue entre los suyos el mejor y porque hizo de su estirpe el signo inquebrantable de la libertad.

En el socavón de la montaña abrupta aparece el aborígen de acción y coraje inigualables. Cocuizas, Laguneta y Terepaima son el escenario de la orgía de valor inaudito para defender a su pueblo, a su raza y a su tierra. En Guaicaipuro, como el prototipo del infatigable luchador aborígen, murió el recuerdo “del grito como nace el silencio cuando muere el sonido del trueno”<sup>\*</sup>; y en una llamarada, mezcla de fuego y sangre, rinde su vital existencia este caudillo, dejando para la posteridad el legado de la dignidad y la rebeldía de un pueblo y una raza cuyos derechos él creía invulnerables.

En la dura piedra, o en lo intrincado de la maleza, el aborígen abrió senderos en el futuro de su raza, acaso como exponente tipo de férrea voluntad de servicio hacia su pueblo, cuyo mensaje, apuntando siempre en lo más enhiesto de sus banderas, recompensó la posteridad mediante el hecho histórico del gesto heroico enmarcado en la gallardía con la cual él entregó su vida en clamoroso holocausto. ¡Fue un valiente y abnegado precursor de la emancipación!...

Ardió el palenque del asentamiento indio. Fue una noche muy larga y muy negra. Apenas dejaba vislumbrar, en lo hondo de su espesura, las siluetas danzantes de la asonada, y en llamaradas ardorosas se levantaron las cenizas para caer a la tierra y, en fecunda bendición de dignidad, arraigarse más en ella.

¡”(El hombre ya venía desde mucho antes, tanto como para contar centurias en el tiempo”! “Los Teques, con su ancestro de Tribu indígena, se regaba por toda esta región desde remota memoria. De aquí salió la primera semilla humana y su mejor fruto se llamó Guaicaipuro... precursor de la libertad”.

En los valles, en las serranías o en las hondonadas, más allá de Guaracarima o en la cresta del mar, hacia las lindes de Carayaca o la fila de Mariches, un hálito de rebeldía recorría las comarcas y lanzaba, por sobre los horizontes abiertos de Terepaima, el eco bullicioso de la población tribal. El broncíneo aborígen superaba

---

<sup>\*</sup> Op. Citada. F-2.

las distancias y ahogaba los cansancios. Impuso una recia voluntad de conducción, “cuando apenas dominaba cortas parcialidades” de la organización tribal y su autoridad no llegaba más allá del esfuerzo de su brazo y su valor.

A esa masa dispersa, regada en las serranías y en los valles, Guaicaipuro le enciende un sentido de unidad y dirección. Le da acción pensante a la lucha frente al enemigo común... Por muchos años se hace símbolo de la resistencia.

En su voluntad había un sustrato insobornable de copiosa dignidad; un sentimiento tal vez de frustración para el instante de cumplirse el hecho histórico, pero decidor y auspicioso, porque su mensaje fecundo cayó en suelo fértil y fue de inmensa utilidad en el proceso formativo de la nacionalidad.

Una fuerza intuitiva, casi dogmática, podría decirse perdonando la herejía del vocablo, subyace en la actitud rebelde del caudillo y en el sentimiento masivo de las huestes del palenque que le tocó dirigir, con valentía y coraje, a la hora crucial de la defensa. El paso cauteloso del conquistador por la comarca agudiza el sentido de rebeldía y, en el caso concreto de la región tequeña, la crónica de Indias reseña que no fue fácil someter y sojuzgar a los lugareños, como tampoco arrebatarles su oro y sus posesiones de cultivo: “Por primera vez, en la aventura azarosa de la conquista, los españoles no alcanzan a dominar y subyugar a un grupo indígena, ni a señorial un territorio”<sup>\*</sup>.

La misión pacificadora echada a andar por los conquistadores era entendida por el cacique como una farsa destinada a apoderarse de sus pertenencias y de sus posesiones. De allí, que esa llama insobornable avivara sus destellos al paso de los extraños, intuyendo con claridad las intenciones de justificar los atropellos y de dar legitimación a los actos de apropiación masiva de los asentamientos y toda la riqueza que le era propia al patrimonio primigenio, sus pertenencias y de sus posesiones. De allí, que esa llama insobornable avivara sus destellos al paso de los extraños, intuyendo con claridad las intenciones de justificar los atropellos y de dar legitimación a los actos de apropiación masiva de los asentamientos y toda la riqueza que le era propia al patrimonio primigenio.

Cuando Francisco Infante y Sancho del Villar debieron ejecutar la sentencia en la hoguera del palenque contra Guaicaipuro, sintieron en la piel la fortaleza de su espíritu y esa inquebrantable voluntad de no dejarse someter al designio de la conquista brutal y despiadada que, en la apariencia de apaciguar y de sembrar cultura, ejecutaba actos contra la dignidad originaria y atentaba impunemente contra sus más elementales derechos de propiedad y de dominio.

El claro mandato de la tierra y del hombre, única riqueza inmaterial de su ancestro y de su raza, no se doblegó, y, en ejemplar holocausto, “a sangre y fuego”,

---

<sup>\*</sup> Op. citada. F-2.

entregó la vitalidad de su músculo, la pasión de su amor por su pueblo y por su gente y la vida, en dramático combate de inmolación ante la fuerza de sus enemigos. Pero esa unidad de espíritu y de acciones, que viene a ser la condensación de materia y alma, vino a revelar a la humanidad la coherente compactación de un pueblo aguerrido y la sumisión incondicional a un estado de conciencia que clamaba por la dignidad y signaba su destino en la búsqueda de la condición de ser libres. Dramática utopía en quien, sin fuerza, pretende ser dueño de su derecho. Gesto y espíritu, acto y alma, en perfecta adecuación, como dijera Ortega citando al Goethe:

“Nada hay dentro, nada hay fuera; lo que hay dentro, eso hay fuera”.

En Los Teques, antigua comarca de abolengo y señorío, se cruzaron los caminos; pero antes había muchos montes y muchos ríos cruzados en la insidiosa aventura del oro, por el cual y tras el cual se agotaron todas las instancias del hombre colonizador.

Esas quebradas finas de bambuales, de lechos pedregosos y ríos que reflejan cielos enteros, pintadas por Uslar Pietri en “Tierra Venezolana”, fueron holladas por la planta irreverente del buscador de oro, quien no bastándole el que chorreaba de los araguaneyes florecidos o de los sangredragos de Curiepe, se adentró en el intrincado verdor, en la búsqueda afanosa de la veta milagrosa o de la burbuja radiante, provocando el choque de centellas que hizo marchitar los araguaneyes en flor, y que, a su paso, los nudosos sangredragos de Curiepe segregaran el llanto de la desolación.

El cantón de Los Teques estaba allí, al pie de esa agreste geografía de mil colores, como una refracción del kaleidoscopio, y frente a él, el desfile nocturna de la espesa neblina, en la prolongada tranquilidad de la noche invitante.

Un pastor de almas descubrió la importancia de aquella comunidad de familias de actitud pacífica y de noble inclinación por el trabajo, unida por nexos indestructibles de afecto lugareño, sano y agreste como su latitud espacial; sin que se hiciera necesario echar las bases de barro o bahareque para comenzar el poblamiento, porque la firmeza del sentimiento gregario de sus gentes ya se había aferrado, tiempo atrás, a los viejos principios que hacían inalterable su sentido de convivencia.

El pastor itinerante, como un pescador en sandalias, andaba buscando gentes para un sendero de paz, de armonía y de convivencia pacífica, encontrando de hecho una cantera de inmovible reciedumbre. Hizo una promesa y la cumplió, El obispo Martí, en las postrimerías de 1772, quiso llevar él Los Teques al rango eclesiástico, dentro del entorno político y legal del antiguo patronato, lográndose la

parroquialidad en la región. Figuraba ahora, por la obra del obispo y en función de la promesa cumplida, en el cuadro de los pueblos coloniales.

La épica y las hazañas de esos pueblos estaban cinceladas en el esfuerzo, en las cortezas de los árboles, en la rugosa piel de la roca y en el lecho de las quebradas, o pasaban de boca en boca, como anal que lleva el viento, más allá de los palenques indios, como en el verso de Uslar:

“Y lo que tienen que decimos, tan sin reproches, no nos lo dicen con exigentes palabras, sino con abrirnos su vivir, con darnos en excesos de sus cosas, con presentarnos su música. Pero allí está dicho, con inmensa elocuencia, todo lo que las palabras no alcanzarían expresar. Todo el reclamo generoso de entregarnos al destino de la ancha tierra y de poner la mano en la tarea que es de todos y que ellos completan en tanta soledad”<sup>\*</sup>.

El proceso de formación de Los Teques obedeció a leyes inmutables del transcurso del tiempo y se correspondió, de la misma manera, con ciclos fatales del proceso histórico. Fue lento, progresivo y silencioso pueblo de sementeras, de cultivos y de bohíos... de cafetales, de una convivencia pulcra y respetuosa del derecho de los demás y con una sana intuición por el Derecho como ciencia reguladora de la conducta de los hombres y de los pueblos: “se fue edificando pedacito a pedacito; barro o paja; sobre horcón o bahareque; ladrillo y tapia sobre piedra: a golpe de tiempo y de cosecha”, ¿Se puede pedir más pulcritud? ¿Se puede pedir más honestidad en las normas de vida y de convivencia gregaria?

La ciudad, contrariamente a la aldea, ha signado la historia y el curso de su formación a la existencia de sus ríos y descrito en torno a ellos grandes parábolas de gestación socioeconómicas. Esa historia ha estado secularmente unida al bullicioso torrente que le da vida y la hace vibrar en la dinámica de la pasión humana y del acontecer social, así como los pueblos ribereños de los mares buscan, en el horizonte lejano y brumoso de la línea del mar, la esperanza de su redención en la prometedora chimenea itinerante que se aproxima al puerto... Horas de espera, que traducen dramáticas horas de optimismo.

Allá en la lejana antigüedad del Egipto milenario, un pueblo hambriento ligó su destino al capricho natural de los elementos de la naturaleza, pero se arrimó con insistencia histórica al paso del légamo fertilizante que desde el Nilo habría de traerle la abundancia, el sustento y la salud de la gente. También Bolívar, en la hora estelar de la independencia, buscó caminos y salidas en la turbulencia acogedora de una defensa natural que lo era el Río Orinoco y, desde sus orillas, dialogó con el mundo mediante las inolvidables sentencias críticas del magistral Discurso de

---

\* Op. citada. F-2:



Angostura, aferrándose fuertemente a un profundo sentimiento de liberación, para dar firmeza al suelo de la libertad y rescatar la dignidad mancillada por la caída de la primera república.

En esta otra latitud, otrora llamada San Felipe Neri del Corazal por Decreto del 21 de octubre de 1777 del Vicario y Provisor General del Obispado Gabriel Joseph de Lindo. Los Teques levanta su fisonomía de pueblo sobre tierra boscosa y empinada, sobre extensa explanada que perfuman los cafetales en flor, en larga y profunda soledad, pero inmersa siempre, al compás del tiempo, en edificante laboriosidad que ha venido formando un espíritu constructivo.

Dije que en Los Teques se cruzaron los caminos. ¿Cuáles? Las antiguas veredas que conducían al palenque aborigen. Los caminos reales de la conquista y la colonia. Siempre en su doble función de piedemonte y de frontera abierta y venturosa hacia los valles de Aragua, y por el real camino de Santiago, hacia la capital.

Hoy día la cruzan autopistas surcadas por un hilo automotor de trepidante y bullicioso andar, en la permanente búsqueda del quehacer ciudadano. Es el contraste de la ciudad solitaria de antaño y la que quiere ser urbe agitada en su entraña por un crecimiento étnico que desborda sus contornos y su anciana toponimia.

Sentimos, en esta aproximación hacia el hombre y la tierra, que la ciudad de Los Teques ha cumplido noblemente, en el tránsito de su historia como pueblo, sobresaliente papel protagónico, contribuyendo, en la medida de sus posibilidades, a la formación de la nacionalidad, porque, en medio de su yacencia inédita, callada y sedentaria, ha sumado sus esfuerzos al progreso y al desarrollo social y económico de la Venezuela contemporánea, no siendo por lo mismo ajena a la transformación de la tierra en campo propicio para la producción y a la apertura de horizontes como atractivo para la percepción del aporte fructífero y fecundo de la inmigración.

En esta introducción liminar para acercarnos al regocijo de la efemérides de esta hospitalaria ciudad de Los Teques, en el recuerdo de su exaltación como pueblo por la forma de un bautismo eclesiástico que le dio nombre y vida, repasemos con USLAR, en el altar de la fe y en el foro de la esperanza, la oración del optimismo, a los fines de levantar nuestras reservas morales y, en conjugación venezolanista, dinamizar la lucha sin tregua por el bien del país: “El desarrollo completo y equilibrado del ser nacional requiere la posesión útil y provechosa de toda su geografía y de toda su historia. Una Venezuela completa en todo su cuerpo y todo su espíritu y no una nación sin realizarse, confinada a una parte de su geografía y a un fragmento de su historia”.

A esa Venezuela no podemos dejar de mirar con los cinco sentidos de la nacionalidad, queriéndola como siempre la hemos querido y sirviéndola como debe servirse lo que mucho se quiere.

Por eso, los Teques nos reclama hermanar la frase reconocedora al gesto constructivo, para, en medio de su engalanamiento cumpleaños, sumar su abono fiel a cuanto nos exige la realidad materializada en una composición demandante de remedios eficaz y oportunamente aplicados. Y, al hacernos eco de su mandato, recordamos las Sagradas Escrituras:

Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”. (Mateo, 23 - Cap. 4).

Pensemos, pues, en la salud como valor esencial de la vida del pueblo...

Hace pocos días, en Ciudad Bolívar, en la conmemoración de la hispanidad o “Día del Descubrimiento”, diserté sobre los más dramáticos y angustiantes aspectos de la marginalidad, la pobreza, la miseria, el desempleo y otras carencias socioeconómicas que golpean fuertemente la Venezuela de nuestros tiempos. Traigo ahora un tema de subyugante actualidad, que es consecuencia directa de la marginalidad: la carencia de salud, la desnutrición en densas capas de población y lo que ese flagelo endémico significa para el desarrollo del país.

A comienzos del año 1983, en conferencia dictada en el Instituto de Estudios Políticos y Sociales “Mercedes Fermín”, en Caracas, toqué tangencialmente el tema de la alimentación, cuya carencia estructural deriva en serias deficiencias en la salud del pueblo y, por ende, configura un cuadro lesivo de estancamiento y de perturbación al desarrollo nacional.

En esa oportunidad dije y hoy lo ratifico ante esta comunidad mirandina, que el tema de la alimentación es de palpitante actualidad, que no debemos desdeñarlo por el hecho de pertenecer a 18 minoría que come diariamente y más de una vez cada día, y que, por su peso específico, la atención para salud del pueblo constituye “asunto de Estado”.

Hoy, como ayer, me formulo las mismas interrogantes: ¿Resulta propio hablar de progreso cuando cada día somos menos dueños de nuestra propia subsistencia? ¿Hayo no un evidente contraste entre el mejoramiento social Con el cual estamos comprometidos y nuestra mermada capacidad para vencer, sin demasiadas tardanzas, los factores generadores del desmejoramiento?

Antes de entrar en el análisis de fondo de la situación, quiero hacer reconocimiento del significado social que tiene para el pueblo mirandino la obra representada por el Hospital de Los Teques, ubicado en la Avenida Bicentenario de la ciudad.

Esta estupenda realización social, que en breve abrirá sus puertas a la población necesitada de la comunidad, representa un alivio y trasluce la existencia de preocupación por la solicitud del pueblo. Y su costo, que pudiera alcanzar el orden de los 450 millones de bolívares, constituye una inversión con destino al recurso humano del país total y absolutamente justificado por los índices de rendimiento a derivarse de los servicios a los cuales está destinada.

Por las condiciones geopolíticas de la región, es una obra de incalculable valor asistencial, ya que se estima tendrá una cobertura por sobre el medio millón de personas y una protección asistencial de 440 camas que, sin duda, aliviarán el dramatismo de los tratamientos ambulatorios, en muchos casos inapropiados pero obedientes a la falta de espacio adecuado en todos los hospitales del país, con especialidad en la región centro-capitalina. Y es alentador que los medios de comunicación social se hayan hecho eco de tan singular obra oficial en la coyuntura histórica de la situación hospitalaria evidentemente insatisfactoria que se aprecia tanto en la capital como en la provincia.

### **LA SALUD DEL PUEBLO ES ASUNTO DE ESTADO**

No hemos sido suficientemente diligentes para afrontar, con la mayor eficacia, los problemas atinentes a la salud colectiva. No nos podemos excluir, racional, objetiva y sensatamente hablando, de los alcances de las críticas formuladas por los más reputados voceros del sanitarismo mundial. Sentimos, como Abraham Horwitz, presidente del Comité Asesor de Nutrición de las Naciones Unidas, que:

“...No hemos sabido traducir la libertad política en auténtica libertad social, dado que un número significativo de nuestros ciudadanos es presa de la miseria y de sus graves consecuencias. ¡Existen pero no viven! En verdad no hemos realizado la visión de Bolívar sino en muy pequeña medida, porque nos percibió y nos quiso auténticamente libres y dueños de nuestro destino”.

La salud es un atributo de la existencia humana. En el ideario socio-político de nuestro Libertador, la identidad de un pueblo estaría signada por “la mayor suma de

felicidad alcanzada”, y en todos los tiempos y en todos los espacios del orbe, las naciones han buscado mejorar la calidad de la vida de sus integrantes.

Los estados carenciales en la salud de los pueblos, los status del déficit nutricional de la población en todas las latitudes del globo y los estados famélicos de pueblos y naciones han ido siempre de la mano con las guerras y las calamidades colectivas. Algunas veces han precedido al fenómeno; otras, han ido detrás, pero siempre se han mantenido a corta distancia de separación. Por tanto, impulsar carreras armamentistas y descuidar las carencias propias de la salud del pueblo es sumarse, más allá de la omisión, a conductas dañinas al progreso de la humanidad.

Como pienso que la salud del pueblo es, en todas las naciones, asunto de Estado, entiendo que mal puede agenciarse a nivel mundial la preservación de la paz si, en lo interno en cada país, subyace la guerra inocultable que se materializa en la miseria, en la pobreza estructural y funcional de los pueblos y en el deterioro perjudicial a la salud colectiva.

La paz resulta utópica ante el dramático estremecimiento del hambre y la desnutrición que padecen densas capas de la población mundial.

No podemos concebir como tesis afirmativa de progreso, en el auténtico sentido humanístico de lo social, que pueda haber paz y sosiego entre pueblos y naciones si hay hambre y carencia de alimentos, si se abandona al niño, si se niega protección a la madre lactante o parturienta, si no se trata de equilibrar la ingesta de los adolescentes, pilares fundamentales de la sociedad contemporánea. Somos seguidores de Josué de Castro cuando afirma:

“Es justiciero nuestro intento de demostrar que la .vía de la paz y de la felicidad humana se hallan en una economía de la abundancia, en la lucha contra el hambre y la miseria y en la victoria total sobre el miedo, tanto el miedo al hambre como el miedo a la guerra que amenazan con paralizar el poder creador del hombre y, en consecuencia, con provocar el derrumbe de nuestra civilización”.

Los análisis cuidadosos de la sociedad contemporánea, dentro del marco correspondiente a la coyuntura histórica presente, nos obligan a no mirar de soslayo un desafío que ha venido creciendo en extensión y en profundidad, asumiendo características de dispositivo capaz de desencadenar grandes trastornos. Son muchos los países embargados por el mal y Venezuela, bajo el peso del subdesarrollo, no escapa a él.

A la altura de 1983, durante la campaña electoral, el Presidente Dr. Jaime Lusinchi sostuvo que la “producción de alimentos ha venido descendiendo en forma

progresiva y alarmante, por lo que deberíamos iniciar de inmediato acciones que tiendan a reducir progresivamente el elevado grado de dependencia alimentaria que actualmente padecemos, el cual se sitúa en un 67% aproximadamente”.

Entonces, y en el curso de un simposio realizado por la Fundación CAVENDES, el actual Presidente expresó, entre otras interesantes cosas, lo siguiente: “Para el sector agrícola, el Pacto Social podría resumirse como la concentración plena del Gobierno y de las fuerzas productivas, donde los productores e el campo aporten sus ideas y mejores voluntades, de modo que la agricultura sea objeto de un tratamiento preferencial y de esta manera avanzar hacia el autoabastecimiento”.

Esos criterios explican el porqué de los esfuerzos que ahora realiza su gobierno para reactivar la economía agrícola, reconociéndole a la alimentación el rango prioritario y vertebral que tiene en el concurso político integrado por los asuntos de más marcado interés colectivo, tanto por su influencia en el campo de la salud pública como por su participación como factor determinante de la calidad de vida al alcance del pueblo.

En la década del 60-70, la agricultura vegetal se incrementó en 400.000 hectáreas de cultivos (1.400.000 a 1.800.000) y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) elevó a Venezuela al tercer puesto en la evaluación mundial de la producción alimentaria. Eso, unido a la compensación consistente en el aumento de la población a la rata del 3,5%, frente al crecimiento del producto agrícola determinado en el 5,1%, fue de efectos explicablemente promisorios; pero en 1970 el país ve ocurrir lo contrario, pues se retiran del cultivo activo más de 300.000 hectáreas de producción y el fenómeno de la dependencia se acentúa por la vía del aumento de la importación de productos básicos para la dieta popular. Por ejemplo, en el rubro del maíz, del 5% de la importación necesaria para cubrir el déficit nacional, se llegó al 32,7%, mientras se abrió nuevamente la penosa y crucial importación de azúcar.

Los registros oficiales de Fomento para 1983, indican que hubimos de importar azúcar, maíz, sorgo, aceites vegetales, grasas y leche, con lo cual el margen de lucha derivado de todo intento planificador contra la carencia nutricional se redujo dramáticamente, imponiendo, dentro del espectro general del proceso económico, un cambio de rumbo destinado a buscar el mejoramiento mediante la programación a mediano plazo.

La estructuración de un sistema cambiario atinente a la crisis estructural de las finanzas públicas, inseparable de cambios drásticos en el comportamiento de la población por el mayor esfuerzo del sector privado para obtener el cupo de divisas correspondientes a la importación de insumas del sector agrario y de alimentos, condujo irremisiblemente a una dramática y enojosa disminución en la capacidad adquisitiva de la población, y el reajuste económico en el proceso de la producción

ha traído el aumento del desempleo y del subempleo, para hacer más débil y precaria la situación de las clases más necesitadas del país, con una rata desgarradora que apenas vive con salarios e ingresos familiares muy por debajo del *mínimum* existencial requerido.

Es de una verdad incontrastable que si antes de la crisis que determinó la devaluación del bolívar, el grueso de la población tenía ya un considerable déficit adquisitivo, después del fatídico “viernes negro” el poder de compra disminuyó con caracteres alarmantes y disociadores y la oferta de productos básicos para la ingesta no sólo rebajó sus volúmenes anteriores, sino que aumentó sus costos en forma despiadada e inhumanitaria, frente a grandes sectores de población desasistidos de la necesaria protección.

La salud en Venezuela está seriamente amenazada. La infraestructura de asistencia y salubridad públicas están inmersas en un *piélago* de carencias, deficiencias y contradicciones funcionales. La red hospitalaria nacional asiste a la hora crucial, la mengua y, el desfase funcional se han generalizado y es imperativo que emergentemente se diseñe una política asistencial que rompa los moldes tradicionales y sirva precisamente a la emergencia que se vive.

Para comprender la intensidad del fenómeno socioeconómico hay que descender a su propia raíz y, fatalmente, los hechos se están generando dentro de un acontecer causal (proceso marginal), que tiene un comportamiento complejo y presenta formas de congestión en la cual muchos factores se conjugan para hacerla cada vez más irreductible. De allí, nuestra obligación de ser reales, descarnados, agudos y fundamentalmente sinceros en el discurso, mostrándonos cuidadosos de la credibilidad.

El cuadro de la relación causal no puede ser más complicado (las interrelaciones son palpables, independientemente de los valores estadísticos y ante la sola evaluación de la dinámica de la producción y el rendimiento); migraciones internas, marginalidad tangencial en las urbes, marginalidad distensiva en el campo, precario ingreso familiar, desempleo masivo y subempleo, lento proceso de reactivación en la agricultura (en el área las proyecciones son a mediano plazo), deficiencias de transporte, ausencia de vías de penetración en zonas de cultivo, manipulaciones en el mercadeo por las roscas institucionalizadas, penetración de factores corruptivos en el medio de distribución de alimentos básicos a la dieta popular, deficiencia en los mecanismos de control de precios, deterioro en la red asistencial de hospitales nacionales, ausencia de una red eficaz de Dispensarios de Salud Pública, problemas del subsidio lechero, frustración de las políticas tendientes al abaratamiento de la vida y no funcionamiento institucional de una política racional de control de la natalidad.

Todo un abanico convertido en potente polo de atracción para la sensibilidad aposentada en los no impermeabilizados por la cubierta de artificialidades cada vez menos capaces de disimular las verdades que se abren paso por sí solas. Todo un atractivo para los ganados por la entrega a la causa del pueblo por mejorar la calidad de vida que imponen esas circunstancias acrecentadas en el cercano ayer.

## **CAUSAS DEL DETERIORO DE LA SALUD COLECTIVA**

No es posible lograr un diagnóstico si no se va a la raíz del problema y al cúmulo etiológico de los factores que determinan la carencia social. Por su parte, la dinámica inseparable de los hechos sociales contribuye a dificultar la tarea determinadora. Pero se impone no quedarse atrás en el concurso destinado a desechar a los fallosos de voluntad para triunfar.

El marco socio-económico del subdesarrollo hace que en Venezuela el factor salud sea significativamente dependiente de nuestra insatisfactoria capacidad para resolver los problemas propios de la escasa producción de alimentos.

La población estimada en más de 14 millones de habitantes, coloca al país entre los de mayor flujo y dinamismo, con una rata de natalidad del 4% y una de mortalidad del 7%, promediando entonces un índice de crecimiento del 3,4%.

En referencia a la salud (enfermedad-morbilidad y substrato de desnutrición), el 56,1% de la población total del país se integra con individuos menores de 20 años; el 40% oscila entre 21 y 60 años, y sólo un 3% con mayores de sesenta años (el rubro de ancianos es limitado en relación con la población global). Entre el grupo de 21 a 60 años, el número de mujeres embarazadas y en período de lactancia es muy significativo; lo que conduce a señalar, en términos sociológicos de la economía, que Venezuela “tiene densos sectores de su población estructurada de elevados riesgos con los grupos de formación” (niños pre-escolares, mujeres embarazadas y niños en lactancia).

Otro indicativo de suma trascendencia en la evaluación nutricional del país es la movilidad de nuestra población, su dinamismo migratorio, la inestabilidad de capas marginales, la trashumancia rural hacia la urbe.

No hace medio siglo (1941), el 72% de la población venezolana permanecía en el área rural, mientras que para 1971, ese porcentaje se redujo al 24,5%, pasando al 18% cinco años después. La correlativa concentración poblacional en las zonas urbanas ha seguido en ritmo creciente y el resultado magno ha sido la ruptura

estructural de grandes alcances, con proyecciones preocupantes en los indicadores nutricionales del país.

Es conclusivo, pues, que una población que en un proceso de menos de 40 años (1941-1976) reduce en ese caudal su arraigo en el medio rural para integrar capas no asentadas en el urbano y con profundas deficiencias en la calidad de la vida. aparte de la desafección de esas masas al proceso productivo y su caída en posición pasiva con un costo social de gran elevación, acuse reveladora y profunda crisis no sólo de crecimiento y entrañe base operacional para poner a trabajar la inteligencia asistida por la indispensable alta dosis de sensibilidad social. Justamente lo que se debe continuar haciendo y con mayor intensidad.

## **LA INJUSTA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO**

Todo entorno familiar debe contar para su subsistencia con un ingreso que puede variar y esta variable socio-económica es, en Venezuela y en todas partes del mundo, factor determinante de los desajustes que se traducen en carencias y otras deficiencias lesivas al bienestar del recurso humano nacional.

Ello es así porque el ingreso familiar es el quid que determina, entre otras cosas y dentro del proceso interno de la economía hogareña o de pareja, la capacidad para la obtención de alimentos.

Un ingreso familiar deficitario, pobre y sin relación de equilibrio con la capacidad de gasto, conduce fatalmente a la carencia, a la ruina y a la miseria funcionales de una clase social que, como la marginal, se debate en medio del abandono y carece de participación siquiera relativa en la conducción del todo en cuyo seno no deja de exigírsele el cumplimiento de deberes.

La Organización de Naciones Unidas atribuye a Venezuela estimación de contraste por pertenecer al grupo de países que gozan de un mayor ingreso en el conjunto regional latinoamericano y presentan algunos denominadores comunes dentro de ese conjunto signado por la pobreza. El contraste responde a falta de equidad en la distribución. El promedio de ingreso al mes por cada familia venezolana —rezan las estadísticas internacionales de la FAO— es de Bs. 2.251,00, pero el 15% de esas familias gozan de ingresos mensuales muy por debajo de los Bs. 500,00, y, en tal ecuación evaluativa, si se aplica un método de acumulación, cerca del 37% percibe ingresos mensuales por debajo de los Bs. 1.000,00, el 62% lo tiene inferior a Bs. 2.000,00 y un 74% no llega a los Bs. 3.000,00.

Hay una advertencia de la mayor pertinencia para una estimación global: si observamos el proceso de distribución del ingreso por sectores, la familia



venezolana percibe el 80% en las áreas urbanas como consecuencia del proceso de “urbanización” que se registra masivamente en el período de los 25 años anteriores a la fecha actual, quedando sólo un 20% para el área rural; lo que, unido al factor sinérgico antes señalado, de concomitancia de factores funcionales del fenómeno de la marginalidad, hace que la concentración tienda a generalizarse y a aumentar con caracteres dramáticos y en medio de circunstancias menguadas por la poca o nula capacidad perceptiva de los servicios esenciales con los cuales cuenta.

Es lógico que una población mal alimentada, mal ubicada y marginalmente carencial sea arrastrada con facilidad por el desgarrador flagelo de la miseria y la morbilidad.

“La vida es una combustión lenta”;<sup>\*</sup> es la expresión sintética del proceso fisiológico que, para Josué de Castro, significa existir (unión del soma y la mente).

No podemos entender los síndromes de la desnutrición y las consecuencias que de ella dimanar para la salud colectiva y muy especialmente para la salud del niño y del adolescente sino como una actividad fisiológica del ser humano, en medio de una constante combustión lenta, tal como la entienden y analizan los nutrólogos contemporáneos.

En efecto, sin la percepción de calorías, el organismo no puede sostener un equilibrio funcional, y la percepción de esas calorías, como ración mínima, debe ser, en el adulto, de 2.500 a 3.500 por día.

Esa ecuación es sumamente simple y fácil de comprender: a menor consumo, menor funcionalidad orgánica, induciéndose que una ingesta calórica por debajo de ese minimum, constituye subalimentación. Por tanto, es fácil comprender que la carencia del consumo masivamente estimado conduce, de manera irremisible, a la entronización endémica de enfermedades como las infecciosas, en capas de la población que no pueden mantener el minimum de defensa alimentaria.

Ya el sueño de Hipócrates —la más ingenua de las utopías—, de que sólo la alimentación residual podía mantener al hombre con vida y sin riesgo, ha sido apartada de los axiomas admitidos por todos, toda vez que la ciencia y la experiencia han comprobado la existencia de un complejo alimentario o nutricional capaz no sólo de mantener vivo al hombre sino de dotarlo de la formación de tejidos en el proceso fisiológico de la renovación y de la lucha contra la muerte.

El diagnóstico contemporáneo es desgarrador: ¡DOS HOMBRES DE CADA TRES SUFREN HAMBRE! La segunda encuesta mundial de la FAO (1952) llegó a la crucial determinación de que el 60% de la población global del mundo no alcanza

---

\* “El Hambre Problema Universal”. pág. 17.

Josué de Castro. 1974. Editorial Pléyade. Buenos Aires. Argentina.

a consumir siquiera 2.200 calorías por día, lo que significa que dos tercios de la humanidad están por debajo del índice normal de alimentación; es decir, están subalimentados, sin que haya mejorado la situación en el transcurso de los años.

En el caso nuestro y en toda la América Latina, se advierte reticencia en relación con la miseria, el hambre, la desnutrición y toda una gama desgarradora de carencias sociales que existen a consecuencia del subdesarrollo que nos oprime. El “Mapa del hambre”, como “signo del hombre”, nos avergüenza y nos hace asumir actitudes disimuladoras, cuando para servir a la verdad debemos autocriticarnos y disponernos a administrar los recursos con criterios de racionalidad, a los fines de no continuar con la brújula del progreso dislocada entre las manos. ¡El hombre, que no encontró su redención humana en la máquina ni en los efluvios de la tecnología, debe —¡está en el deber de!— aguzar su inteligencia para sacar de sí el conjunto de soluciones que le está reclamando su propia existencia!

Hay verdades que la historia de los pueblos cincela sobre roca con caracteres lapidarios:

“... No se trata de juzgar el colonialismo en su conjunto, sino de comprobar que la economía mundial, tal como fue instaurada por las grandes potencias en el curso de los dos últimos siglos, encierra a los países subdesarrollados en el círculo vicioso de la miseria y el hambre”<sup>\*</sup>.

Venezuela tiene abierta una visible brecha en los albores de una crisis que tiende a agudizarse y que obligará, sin duda, a propiciar, en la brevedad del tiempo, implementaciones que refuercen sus políticas alimentarias para atender los problemas de salud. La salida hacia el futuro mediano estriba en racionalizar los medios de lucha en el diseño de una planificación sectorial bien dirigida contra la miseria, o lo que es lo mismo, contra las enfermedades carenciales.

La identidad de un pueblo o de una nación se solidifica armonizando los análisis teóricos con la programación social ajustada a la realidad nacional y el respectivo entorno sociopolítico. El proceso existencial de todo pueblo es aquel que supone la búsqueda y el logro de su propia identidad y de su mejor destino. Esa identidad es, al mismo tiempo, un proceso de fijación principista dentro de un molde ideológico tan firme y sincero como productor de la felicidad colectiva.

La salud del pueblo y la defensa del niño y del adolescente son asunto de estado. Toda filosofía en amparo del diseño social, debe enfilarse hacia esa dirección, no solo en lo material, sino también atendiendo a exigencias espirituales y éticas que pueda

---

<sup>\*</sup> Op. citada. folio 21, p. 31.

servir como causas alentadores de esa lucha librada, con suma de esfuerzos, para obtener la felicidad.

Hombre espacio y alma colectiva conforman ese estupendo hábitat que, a manera de desiderátum colectivizado, no da cita para triunfar sobre las adversidades.

Cuando en el foro sobre nutrición se le planteo al presidente Lusinchi la necesidad de expresar criterios en torno a tan álgidos problemas, no vacilé en diseñar un esquema saludable en programación social y apunto hacia los objetivos definitorios del diseño: “A) Utilización e implementación de los avances científicos y tecnológicos...; B) producción de conocimientos y técnicas científicas originales obtenidas en el laboratorio; C) estudios de factibilidad en el establecimiento de programas de producción de nuevas fuentes de alimentos... hasta las no convencionales... algas y petróleos”<sup>\*</sup>.

## **LA ESTRUCTURACIÓN DEL NUCLEO FAMILIAR Y LA RELACIÓN MADRE-HIJO**

La desorganización familiar se nos presenta, dentro del cuadro precedente, como una constante con tendencia al aumento, tanto dentro de la relación tradicional del matrimonio como en el seno de la unión extramatrimonial. La influencia de esa desorganización da lugar a los hijos con conducta de negatividad y en actitud pasiva frente a los problemas y las responsabilidades tanto individuales como colectivas. Las incoherencias familiares son notorias y el equilibrio del núcleo se destruye bajo el impacto de lo que Oscar Lewis denominó la “subcultura de la pobreza”.

Entre los indicadores concomitantes de la situación aparece la subalimentación característica de la marginalidad y, junto con ella, todos los demás factores conocidos como los bajos ingresos, el ínfimo nivel educativo, la ausencia de organización social, la abstención total en todo proceso comunitario de participación y la ignorancia de valores transmitidos que, en actuación conjunta, van generando toda una gama de conductas, inicialmente individualizadas y luego generalizadas en grupos sectoriales de común habitación o de barriada, que mantienen la población en constante turbulencia. Es la “internalización de la miseria”, para decirlo con frases del doctor José Luis Vetancourt.

De allí que los procesos marginales tendientes al logro de liberaciones por grupos hayan fracasado ante la resistencia opuesta, tanto por las individualidades como por los grupos mismos, y de allí también la enseñanza conforme a la cual los procesos de individualización deban corresponder a exigencias educativas orientadas

---

<sup>\*</sup> “Nutrición un Desafío Nacional”. 1983, p. 584. Ediciones Fundaciones CAVENDES. 1985.

a la búsqueda de frutos en la adquisición de una conciencia de grupo que, a la larga pueda ofrecer una verdadera fisonomía conductual o manera de ser frente a estímulos dirigidos para obtener el mejoramiento del sector.

La situación de carencia en la estructura de la familia marginal, sea matrimonio o pareja extramatrimonial, se relaciona siempre con estados de pobreza funcional que se van dejando oprimir por factores endógenos, como la vivienda y la marginación, y van cediendo paso a un profundo estado de reticencia y negatividad.

Muchos intentos por obtener la recuperación sectorial han fracasado en buena parte por falta de fe en destinos mejores y en razón de las muchas promesas incumplidas. Además, mucho influye la ausencia de emoción por la falta de nexos que se observa entre grupos de hijos sin padres en común y por el desenvolvimiento de la agrupación grupal en medio de la más tirante incompreensión.

La marginalidad es imperativa frente al binomio de relación madre-hijo; lo destruye, lo aniquila, lo reduce a la nada. Una madre que trabaja fuera y que pierde el contacto con la prole, aunado al hecho del abandono del marido o de la evasión del acompañante, no puede atender a los menores bajo su cuidado ni ejerce sobre sus hijos la requerida vigilancia para garantizar una ingesta alimenticia mínima a los requerimientos de la salud del menor o del adolescente. Además, la deserción casi habitual del grupo, por parte de los menores, es también causa que impide el cumplimiento de los deberes de asistencia.

El tratadista F. Manchega, de México,<sup>\*</sup> sostiene que “la salud es un proceso activo del ser humano, en virtud del cual éste trata de mantenerse en armonía psicofísica y en equilibrio dinámico con la circunstancia natural y sociocultural en que cada persona transcurre.

La unión matrimonial o la simple relación de la pareja debe ser protegida en el área marginal para que esa conformación, como núcleo generador de nexos, pueda servir como la “circunstancia” necesaria.

Es muy importante destacar que el estímulo familiar es factor determinante en la formación de la salud del niño, en cualquiera de sus fases de evolución, y no debe causar extrañeza señalar que algunos tratadistas nutricionales y psicólogos han llegado a sostener, sin exageración, que: “una relación estimulante, madre-niño, promueve una nutrición normal, incluso cuando se tiene una alimentación inadecuada, y que un funcionamiento deficiente en la relación madre-niño disminuye las ventajas de una nutrición apropiada”. Por tanto, podría colegirse que el poder instintivo del niño que se siente protegido y querido por su progenitora, compensaría las carencias nutricionales de una ingesta deficitaria. El poder de la

---

\* “Aspectos Socioculturales del Desarrollo del Niño” F. Manchega. 1971. Salud Pública de México.

relación de ese singular binomio materno infantil va entonces más allá de las lides de lo simplemente somático o fisiológico.

Paulina L. Dehollain e Irene Pérez Schäel,<sup>\*</sup> en su ensayo sobre la nutrición en Venezuela, citando a Gravioto, de México, se hacen partícipes de Manhega: “La estimulación es un factor determinante que altera el desarrollo nutricional del niño. Los desnutridos crecen en ambientes de bajos puntajes de estimulación, mientras que los no desnutridos provienen de ambientes de altos puntajes”.

La incidencia en Venezuela del abandono del hogar o de la pareja por el padre es dramática, porque los índices comprobados alcanzan cifras porcentuales desconcertantes. Cunde la desintegración familiar y del grupo en los estratos sociales bajos y la nutrición y los subsecuentes estados carenciales han tomado el carácter de endemias en los últimos 25 años. La secuela del síndrome produce un cuadro de morbilidad que conforme muchos trastornos de conducta, tanto en el hogar como en la escuela, pudiéndose señalar las neurosis, la delincuencia, el alcoholismo y el consumo de drogas.

Sin embargo, hay que hacer ciertas diferenciaciones en lo que respecta a la población infantil interiorana y la ciudadana. En la primera, la secuela es de amplio espectro; el cuadro general de la llamada desnutrición clínica, como estado patológico atípico, es realmente desolador, en tanto que la niñez de la gran urbe ve mejorar su situación como consecuencia de recibir más asistencia hospitalaria y mejores cuidados médicos.

En la globalidad de la infancia de provincia, la desnutrición clínica abarca una gama realmente impresionante de deficiencias nutricionales, porque el abandono es más incidente y la vida rural completamente menguada.

El Instituto Nacional de Nutrición ha comprobado que la deficiencia en nutrientes se traduce a nivel celular en signos clínicos como el retardo en el crecimiento y la talla del niño, peso deficitario y atrofia o hipertrofia muscular, carencias en el ritmo del desarrollo mental, anemias que afectan el tejido sanguíneo y la funcionalidad dinámica, como también una serie de alteraciones de la piel y las mucosas, comprobándose muchos casos de edemas que afectan la vida del niño.

Ha sido igualmente comprobado que, entre niños de uno a cuatro años de edad, las diarreas intestinales y las infecciones, no obstante el avance de los antibióticos pediátricos, representan estadísticamente la segunda causa de muerte, mientras la neumonía y las afecciones respiratorias han llevado el cuadro desgarrador a un porcentaje que sobrepasa el 45% en un periodo de análisis (1974-1985), hasta llegar al 65%. Además, y no obstante la relatividad del registro deficiente que al efecto se

---

<sup>\*</sup> “Venezuela Desnutrida”. 1983. Paulina L. Dehollain - Irene Pérez Schäel. Editorial Equinoccio.

lleva en los Dispensarios y Medicaturas rurales y otros puestos asistenciales, se acusa un índice de incidencia de desnutrición, en sus más variadas formas de manifestación clínica, del 70% de los casos consultados.

Como advertencia complementaria, vale la pena añadir que la infraestructura en Venezuela adolece de profundas deformaciones, y hoy día, como consecuencia de la agudización de la crisis financiera que azota al mundo y al país, algunos institutos asistenciales han visto disminuir considerablemente la asistencia y la calidad del servicio, mientras otros los han reducido en forma tal que tienden a desaparecer.

Una densidad médica como la estimada en Venezuela (un médico por cada 924 habitantes) apenas cubre deficientemente una limitada protección asistencial a la población global del país. Los médicos tienden a concentrarse en las áreas urbanas (42% en la metropolitana de Caracas), pero en las zonas rurales e interioranas la densidad médica es raquíta y grotesca: un médico por cada dos mil habitantes.

Un volumen de cerca de 400 hospitales a nivel nacional, con un 46% de índole privada y exigencias lucrativas muy onerosas, difícilmente va a beneficiar las capas de más ingentes necesidades socioeconómicas del país, puesto que los hospitales y clínicas privadas apuntan al 5% ó al 8% de la población global. Y si se hace la llamada ecuación del reparto, tenemos el mayor dramatismo: un **promedio de tres (3) camas para cada mil habitantes**.

Bien se sabe que en la dinámica hospitalaria hay dos factores de singular importancia: el mantenimiento y la renovación de los equipos, en razón del uso y del aumento progresivo de los usuarios.

Debemos admitir que Venezuela ni antes de la crisis ni dentro de ella ha ensayado métodos empíricos de asistencia y colaboración, como lo hacen otros países mediante la ampliación de los paramédicos con entendidos, voluntarios y hasta mercenarios con remuneraciones prudentes para atender enfermos y trazar normas de comportamiento frente al flagelo, siempre bajo la conducción de un facultativo. Ello es importante, porque introduce en el hábit comunitario normas de convivencia, de cooperación y de lucha contra enfermedades, algunas de ellas fáciles de diagnosticar “porque no requieren una asistencia médica sofisticada” y con ello los servicios básicos se estabilizan con la ayuda de la comunidad.

Ese proceso de concientización es de incalculable valor socioeconómico. Es una forma de participación de la comunidad en las tareas esenciales del Estado y en momentos de crisis prestan valiosa ayuda.

En esta dirección y apuntando a objetivos señalados, puede lucharse a nivel popular contra las endemias consecuenciales de la precaria alimentación, de la desnutrición y sus secuelas. Los programas de medicina preventiva, de tanta

trascendencia en la salud pública, se verían protegidos por la colectividad, que es, en suma, de la mayor pertinencia en momentos cruciales como los que actualmente pesan sobre la humanidad.

La colectividad toda debe permanecer expectante para evitar que se siga escenificando, en las grandes urbes, el ruleteo perjudicial en los centros asistenciales, de los cuales dan relación los medios de comunicación para vergüenza del país. La muerte agazapada en las ambulancias, en los vehículos de alquiler, en los de propiedad particular o de cualquier otro tipo, debe cesar, dotándose a los hospitales de lo necesario para atenderlos momentos dramáticos de la emergencia.

Se impone la participación agresiva y responsable de la vindicta pública para que tales anomalías se borren ya de nuestra vida cotidiana, porque la salud del pueblo es asunto de Estado y protegerla es deber oficial sin restricciones.

El Ministerio Público debe, por las vías de la “noticia-críminis”, desencadenar averiguaciones sumarias contra la omisión del socorro debido y oportuno.

La desnutrición y las carencias en la salud del pueblo no son una simple consecuencia del subdesarrollo. Tienen un valor sinérgico en el fenómeno, pero no lo son todo. No es así de simple el problema. Es más que eso: es atraso, es mengua, es negación de las bondades del sistema democrático. De allí la imperiosa necesidad de superarlas más temprano que tarde...

Frente a los problemas propios de la marginalidad social, de la desnutrición y de la pobreza crítica, todo el país debe permanecer alerta y sin actitudes contemplativas. Lo contrario es contribuir a una caída de la credibilidad popular nada beneficiosa para el sistema de derechos y garantías que sirve de sostén a la vida de todos en libertad.

Horwitz, citando a Camus, penetra las raíces de la condición humana que, a la postre, es la condición última del estado gregario, del estado social del hombre y de la vida en relación. Él nos dice: “El hombre, a diferencia de las plantas y de los animales menores, no necesita depender de los caprichos de la naturaleza para proveer a su dieta en la cantidad y calidad necesarias para la vida y la reproducción de su especie. Ha logrado dominar y regular este factor del ambiente como ningún otro. Sin embargo, no ha logrado beneficiar a todos los seres humanos con el conocimiento y las técnicas que ha desarrollado. Y debe hacerlo porque, persiste el pensamiento de Camus: “El hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es”. Lo entendemos como la fuerza interior permanente que nos induce a sobrepasar las adversidades y vivir atentos a las oportunidades”...

Hoy, en el “Día de Los Teques” y en este momento de abstracción del trajín cotidiano, hemos cumplido el deber de no olvidar el punto de partida para no confundirnos en la búsqueda de la identidad nacional. Hemos repasado las fuentes, en consciente revigorización del caudal primigenio convertido en fuerza motriz de nuestra bien sentida venezolanidad. Y hemos atendido el deber de actualidad, haciendo propicia la ocasión para revisarnos introspectivamente en un área que toca la esencia misma de nuestra condición humana: la atinente a la salud del pueblo. Respecto a cuya suerte no es indolencia lo que nos corresponde asumir a los de alguna manera comprometidos en la procuración de esquemas mejoradores de la calidad de vida aposentada en los más densos sectores de la población nacional.

Así entendemos que debemos aunar la evocación del hecho trascendente a la fragua del destino mejor, para no desentonar como herederos de quienes esculpieron la historia heroica del país y para no defraudar a quienes esperan de nosotros los rendimientos materializados en razón de estar conscientes de lo que somos en la actualidad.

He querido vivir con ustedes, los presentes en esta cita constructiva de la fraternidad alentada en Los Teques, momento singular, pero no extraño al concierto en virtud del cual nos empeñamos en labrar caminos expeditos para llegar al nivel desde donde podamos decir, sin temer al desmentido, que nada nos reprocha la conciencia por el incumplimiento del deber.

La ciudad de Los Teques, cumpleaños de hoy, ha sido y habrá de ser por siempre escenario invitante para vivir a plenitud, con sano orgullo, la condición de ser venezolano. Y ha sido esta irrenunciable condición la que nos ha traído de la mano para extender, a los pies de su iluminadora trayectoria, el testimonio emocionado de la composición geográfica nacional, que hoy registra, en el hondo sentimiento de la Patria, el eco de la voz que en Guaicaipuro tomó para sí los tonos de la inmortalidad.

**Los Teques, Estado Miranda,**

**21 de octubre de 1985.**